

# COMO SE LLEGA A MILLONARIO

---

NOVELA CORTA DEL AMBIENTE ARESANO

(VERSIÓN ROMÁNTICA)

CESION DE LOS DERECHOS PARA SU PRIMERA EDICION A LA SOCIEDAD

ALIANZA ARESANA DE INSTRUCCION

POR SU AUTOR

M. BENDAMIO MONTERO

---

Habana, Enero de 1925

---

IMP. FOUCE Y GUERRA, OBRAPIA 6  
H A B A N A



# **COMO SE LLEGA A MILLONARIO**

---

---

**NOVELA CORTA DEL AMBIENTE ARESANO**

**(VERSION ROMÁNTICA)**

**CESION DE LOS DERECHOS PARA SU PRIMERA EDICION A LA SOCIEDAD**

**ALIANZA ARESANA DE INSTRUCCION**

**POR SU AUTOR**

**M. BENDAMIO MONTERO**

---

---

**Habana, Enero de 1925**

---

---

**IMP. FOUCE Y GUERRA, OBRAPIA  
H A B A N A**



## AL LECTOR

---

Esta corta novela no fué escrita para entretenimiento en horas perdidas, ni para mitigar nostalgias, ni siquiera para olvidar recuerdos de un pasado amoroso; lo fué exclusivamente para que sirva de estímulo, de acicate, de guía a la juventud estudiosa de la villa de Ares, que ahora principia su vida, para hacerse útil así mismo, a su familia y a su Patria.

La sinceridad que brota de sus páginas la inspiró un deseo, un único deseo, el de que queden grabadas fuertemente en la memoria de sus lectores, como un recuerdo en tarja de bronce. Por que el ánsia que vibra en cada capítulo, para alcanzar por medio del tiempo, de la inteligencia y del trabajo, la independendencia económica del hombre que emigra, está tan claramente expresado por el ejemplo que da el protagonista de esta obra, que sería mezquino y torpe no seguirlo al pie de la letra.

*El Autor.*



*A todos los queridos jóvenes estudiosos de la villa Aresana, en prueba de afecto.*

M. B. M.

## I

En la bondadosa tierra Aresana, que devolvía centuplicado el fruto que sembraran sus laboriosos labriegos, había nacido Manuel de padres humildes afincados desde remotos tiempos en las posesiones heredadas de sus antepasados en aquella villa toda poesía y ensueño, por la tranquilidad de sus floridos y lozanos campos, siempre verdes y risueños, y de sus aguas cristalinas y confortantes.

Llegado a la edad adolescente, diéronle sus padres el oficio de carpintero que él sentía con inclinación, por ser el más decente y remunerador en aquel pueblo de arenosa playa, cuyo mar atraía a sus habitantes para la faena de la pesca en el jeíto o la tarrafa, en su ría de extensas costas acantiladas, criaderos fecundos de sardina que tanto nombre cobrara por su famoso negocio de salazón en otros tiempos, antes de ser absorbidos por la progresista y potencial industria de las grandes ciudades de Coruña y Vigo.

Manuel según iba abanzando en su oficio, se revelaba un verdadero artista, que al correr de

6

los tiempos fué solicitado, por la formalidad de su trato, y la garantía que representaba en las construcciones de edificios y demás trabajos del pueblo. En cortos años adquirió una reputación envidiable, y con sus ahorros logró montar un gran taller con aparatos mecánicos que lo ponían a cubierto de toda competencia del trabajo manual, instalando más tarde un almacén de toda clase de maderas con costosas existencias que iba invirtiendo en las diversas obras que se adjudicaba, dando empleo a varios operarios para dar cumplida satisfacción a los numerosos clientes que lo preferían por la conciencia con que ejecutaba los trabajos a él confiados. Constante y asiduo en su labor, pudo obtener buenas economías que guardó silente, sin pensar jamás en emigrar para la América como lo hacían el noventa por ciento de los hombres útiles de la villa, por la sencilla razón, de que no llegó a despertar en él ambición alguna, la llegada en cada verano con la bolsa repleta a sus convecinos tras largos años de ausencia para retornar nuevamente, pasados unos meses de descanso, que no alcanzaban para poner sobre sus hijos todo el cariño de padre, ni dar a su esposa aquel amor que brota al calor de necesidades sentidas, al impulso vigoroso de una larga unión que el tiempo consagra en éxtasis de arrobadora pasión en los primeros meses de plena luna de miel, para ir perdiendo después insensiblemente a fuerza de tan largas ausencias en el extranjero, el recuerdo de aquel amoroso idilio que culminara en la creación de



un hogar purificado por la virtud de la esposa, cariñosa y fiel.

Su alma de artista templada para recibir y concebir la belleza de lo grande, aún dentro de la humildad en que desenvolvía su actividad cotidiana, le hizo ver la felicidad de su vida, en los blandos encantos de una mujer que amándola la hizo suya, para completar con su bondad el ansia de tan amorosa unión.

Fomentó así Manuel, un hogar que todo era ventura y dicha, sin que el correr del tiempo le mostrara ocasión para gozar la alegría infinita, de que su mujer sintiera en sus entrañas las primeras palpitations de un germinar fruto preciado de su amorosa unión. Este deseo mutuamente sentido, algo les apenaba por que en sus cuatro años de matrimonio feliz, la naturaleza no les daba el más leve motivo para calmar tanta ansiedad entre la venturosa paz en que lentamente se iba deslizandó su vida matrimonial. Por lo demás, todo sonreía en aquella casa, y un optimismo de íntima confianza en los destinos de su vida, les alejaba de pensar, que la más ténue sombra gris ensombreciera, el risueño horizonte de aquel nido de dicha y amor. Ni en la acostumbrada tranquilidad en que entretenían sus ocios, con una charla dulce e ingénua la mayor parte de las veces, les asaltó la idea de ningún presentimiento pavoroso que viniera a turbar la felicidad que sentían.

Les parecía estar a cubierto de toda desgracia, inmunizados contra todo evento malo, como pudieran estarlo de una infección or-

gánica, después de aplicado uno de esos sueros que la ciencia descubrió con su bienhechora acción para el humano género. Solo aquel pensamiento inalterable, fijo, mortificante, seguía inquietándoles, sin descubrir un débil motivo que calmara aquel deseo pertinaz y único.

Sin embargo, nadie había podido adivinar este deseo del matrimonio, entre las numerosas amistades que frecuentaban, creyéndoles muy satisfechas de la tibia placidez en que parecía deslizarse su hermosa existencia, siempre colmada de amor y cariño. Fué un inexcrutable misterio que nadie osó intentar penetrar por que solo a sus almas interesaba, ocultando a todo espíritu sutil el ansia de aquel deseo tan íntimamente sentido.

Un día, cuando regresaba Manuel animoso como siempre de su diario trabajo, después de dejarlo todo preparado para emprenderlo al siguiente, le asaltó una idea, una duda mortificante, que algo nublabá su futura suerte, no tardando en comunicársela a su esposa, no bien hubo regresado a su casa. Sorprendió a su esposa la agudeza con que se expresaba Manuel, y ella dócil siempre a los deseos de su marido, prestó la conformidad al plan que le propuso de trasladarse a Santiago de Compostela para consultar a la ciencia aquel inquietante caso de esterilidad prematuro, incomprensible y cruel, pero realmente cierto hasta la fecha. Dispusieron el viaje con un sentimiento de duda, en el mayor silencio para evitar chismografías, y dos días después, encontrábanse en el lujoso despa-

cho ante el mismo célebre doctor Porto, famoso biólogo, ginecólogo y clínico, admirado por toda la ciencia Europea, a cuyos Congresos Médicos había concurrido en calidad de eminente, para presentar memorias científicas de asombrosos casos de esterilidad.

Sometió a ambos cónyuges a un escrupuloso y largo reconocimiento, sin encontrar anormalidad en el funcionamiento de sus órganos, disponiéndose después para un preciso análisis general de la micción y de la sangre, que tampoco arrojó el más débil motivo que fuese impedimento, científicamente al menos, para aquel anhelo matrimonial.

Silenció sabiamente, los resultados negativos obtenidos, entregándose a descubrir, después de consultar varias obras, la causa determinante del sencillo pero oscuro caso. Después sometió a un cuidadoso y amplio interrogatorio al matrimonio bajo la promesa del secreto profesional, tal si se tratara de una confesión mística. Y de esta confesión plena e impresionante, infirió el reputado galeno como podría colmar de dicha a aquella pareja, que había sabido esconder en los pliegues de su alma, un deseo tan tiernamente sentido.

Para comunicarles nueva de tan intenso valor moral, usó de toda la ciencia filosófica que poseía, revelándoles cautelosamente el plan que debían seguir, sobre todo la mujer, después del cual estimaba racional que nada podría impedir el obtener un preciado fruto, descontado que se tratase de un fenómeno oculto en su propia na-

turalaleza, hasta donde no había penetrado todavía la difusa ciencia que el hombre perseguía. Este plan no era curativo, más bien confortante, reconstituyente, fortificante. Baños de mar en playa abierta, poderosas aguas ferruginosas al interior, fuerte alimentación de fácil digestión, generosos vinos de calidad superior, paseos al aire libre, vida no agitada, pero sí de ejercicio moderado y constante por el campo o cerca del mar para respirar los aires iodados que tan intensamente favorecerían su naturaleza.

Completaron el plan recomendaciones verbales, de una sencillez admirable que el buen doctor puso interés en que fuesen bien comprendidas.

Al terminar el doctor Porto de darles el informe preciso, quedó el matrimonio admirado y sorprendido, con el ánimo en suspenso, por que esperaban unas declaraciones pesimistas en que se deslizasen frases que encubriesen una posible operación quirúrgica de trascendencia y de peligro. No sabían sustrarse al efecto de tan grata noticia y se miraban gozosos. Comprendiéndolo el bondadoso doctor todavía les agregó: La ciencia, da aquí por terminada su misión, por que nada nuevo puede agregar en beneficio de la humana especie; queda ahora reservado a la prodigiosa Naturaleza su misteriosa evolución creadora.

Salieron encantados del lujoso gabinete, y atravesaron una sala de trabajos entre doble fila de relucientes aparatos de níquel y otros metales

con curvados tubos de brillantes líneas que se acoplaban a vasos, platos y redomas de cristal que contenían en sus extremidades otros tubos de graduadas escalas en forma de termómetros unas, y de barómetros otras. Una extensa red de alambre cubiertos de tejido de seda, se escondían con arte a las miradas indiscretas de los visitantes por donde corría la fuerza eléctrica que movía los aparatos. En vitrinas de transparente cristal, encuadradas en fino marco de porcelana descansaba aquel múltiple instrumental de formas caprichosas, pulido, brillante como luna de espejo, esperando que la mano experta, segura, y hábil del galeno los requiriese con aire de triunfo. Una gran mesa de operaciones de níquel, cristal y porcelana, que se desarticulaba girando en todas direcciones sus partes a gusto del operador, dormía tranquila, próxima a una activa y urgente necesidad. En uno de los ángulos de esta sala se distinguían grandes depósitos de cristal conteniendo líquidos cargados de pronunciado olor a drogas de un color varío que surtían a recipientes de esmerilado vidrio, formando una extensa batería de lavabos para la desinfección de manos y utensilios diversos. Otros aparatos de complicado mecanismo, estaban instalados sobre pulidas mesas de esmalte blanco, pareciendo todo una exposición.

Nada de esta costosa y científica instalación llamó la atención del matrimonio que seguía bajo la formidable impresión de alegría, causada por las últimas palabras del eminente médico que tan profundamente había sacudido su amar-

gado espíritu, entreviendo la posibilidad de una reacción biológica que rompiera con el misterio y destruyera para siempre la angustiada, demolidora idea que venía rozando desde corto tiempo la mente de Manuel, de si estaría minada la existencia de ambos por una dolorosa y prematura esterilidad orgánica.

Regresaron a su casa pletóricos de optimismo, poniendo en práctica el plan que tan decididamente les había sido recomendado.

Abdicando a todo peligro que nublaste la esperanza tan hondamente sentida como acariciada, dejaron que lentamente se fuera deslizando el tiempo en la delicada paz que anegaba su alma rebotante de amor y consuelo. Al cabo de dos años de mortal espera, completaba al fin la felicidad de aquel venturoso hogar, un hermoso bebé, muy blanco, de rubios cabellos que bautizaron en la Iglesia parroquial con el nombre de JUAN MANUEL, el día 30 de Junio de 1871: padres Manuel Piñeiro y Juana Montero.

## II

Después de este gran suceso que vino a colmar de dicha al matrimonio, siguió Manuel como antes, sujeto al ritmo fatigoso del trabajo, deslizando su existencia activa y vulgar al frente de su taller del que seguía obteniendo pingües resultados monetarios para dar a su hijo Juan Manuel una instrucción más completa y esmerada que la rutinaria recibida por él. Así continuó su vida el maestro carpintero, con aquella discreta buena disposición que le acompaña-

ba haciendo confidente a su buena Juana de sus primeras intenciones, que ella aceptó bondadosa. Una vez completados los 6 años, Juan Manuel fué a la escuela, una escuela privada que venía dirigiendo una buena señora sin más título profesional que su propia confesión de suficiencia, tal como venía sucediéndose desde tiempo remoto para aprender las primeras letras y adquirir el hábito natural para estudios sucesivos.

Rotas las primeras ligaduras que aprisionaban su inteligencia en aquella modesta escuelita, ingresó en la Nacional pública para aumentar toda su instrucción que obtuvo en sus cinco años de creciente y asídua aplicación.

En aquella remota fecha, ni siquiera se había pensado en hacer surgir a la vida del bien la prodigiosa ALIANZA ARESANA DE INSTRUCCION, que tan honestamente viene preparando la juventud.

Una idea luminosa con fulguraciones de relámpago asaltó la predispuesta mentalidad de Manuel, al ver que su hijo presentaba tan buena disposición para los estudios, dándole una satisfacción que siempre demandó con cariño.

Quiso pues, aprovechar esa vocación prodigiosa, a riesgo de grabar sus ahorros a tanta costa adquiridos, para completar la educación del mismo, con algo más que la rutinaria y vulgar que se adquiere en estos oscuros pueblos ribereños ocultos en el fondo solitario de una provincia.

Aquella misma noche reveló a su esposa con palabra persuasiva, el nuevo sentimiento de bondad que le anegaba en íntima sa-

tisfacción, al adivinar en ella el propio deseo de dar a Juan, el mayor grado de educación que le permitieran los recursos alcanzados a tan alto costo. Fué esta revelación una agradable sorpresa que dejó a Juana encantada de tanta liberalidad, y después de reponerse, dejó caer por sus rosados labios una leve sonrisa demostrativa del cariño con que recibía nueva tan grata, para deslizar con picaresca sutileza estas palabras.

¡Bah! Después de todo, es nuestro hijo. ¿Con quién sinó con él que es el único, debemos gastar lo necesario para instruirlo bien? Asintió Manuel con aire de satisfecho a las frases que fluyeron melosas de los labios de su mujer, para replicar sin jactancia: tienes razón, y para nosotros tenemos bastante.

Se aproximaba el mes de Septiembre, y con él comenzaban los nuevos cursos en todos los colegios de la Nación, y Manuel sosteniendo íntegramente el programa que paternalmente cobijaba, fuese resueltamente con Juan Manuel al Ferrol para dejar ultimado con la dirección del más acreditado Colegio de enseñanza superior, cuanto se requería para el ingreso de su hijo a todo pupilaje, en aquel establecimiento docente de fama bien adquirida. Previa las necesarias consultas, quedó matriculado el muchacho con el apremio de presentarse el día primero de Septiembre para ingresar y ocupar el puesto de alumno que le sería señalado. Tras la preparación de un modesto pero completo equipo de ropas, trajes, zapatos y demás útiles de hi-



giene personal, ingresó satisfecho Juan Manuel en aquel Colegio, lejos del cariño de sus padres, para sumergirse ansioso, sin tristezas ni perplejidades, en el texto de aquellos libros que lentamente iba infiltrando en su memoria feliz con asombrosa rapidez.

Nada le hacía temer un fracaso, por que su voluntad era tan recia como su privilegiada memoria, de la que hizo gala en competencia con otros de sus amigos que le negaron esa facultad, dejándolos burlados. Cada domingo sus padres lo visitaban encontrándolo cada vez más fuerte y risueño, con aquella juventud que empezaba serena a sacudir los malos hábitos adquiridos en su pueblo, entre la turba de chiquillos mal criados, reemplazándolos con modales más finos de una elegancia que denotaba distinción y señorío. Se fueron acercando las vacaciones de Pascua y con ellas los exámenes de las asignaturas correspondientes. Juan Manuel sentía ya percibir el instante de aquel primer encuentro ante el tribunal de examen, según iba llegando el día, para algunos temible, pero para él deseado. Sus padres le alentaban en cada carta, poniendo en todas las sílabas una nota de confortante optimismo que lo animara y diera entereza.

Inútil advertencia. Juan Manuel estaba tan firme y resuelto, que se aventuró a decir, que no admitiría indulgencia del tribunal, presentándose confiado en que sabría excederse en los puntos fijados a cada asignatura, salvo que el

propio texto de los libros lo engañaran. Tal era su decisión.

Llegó por fin el terrible día en que todo estudiante tiembla ante la incierta suerte que el destino le tiene reservada. Pero en la juvenil persona de Juan Manuel no se adivinaba ese temor, ni esa melancolía que hace palidecer la faz siempre risueña, del escolar, en estos momentos expectantes.

Tocóle su turno. Sereno, casi arrogante, presentóse cubriendo con su mirada brillante al tribunal, como invitándolo a aquel torneo, después de ocupar el sitio destinado. El auditorio al verlo tan resuelto, le demostró su simpatía.

Juan Manuel rompió la acrecencia de la soledad reinante, con el vigoroso ritmo de su palabra desenvuelta, contestando todas las preguntas intencionadas del tribunal. Todo el auditorio estaba entonces pendiente de su verbo, sintiendo una sensación de alegría que se manifestó callada hasta terminado el acto. Después de largo interrogatorio en que tomaron parte todos los miembros del tribunal, gozosos de ver como aquel alumno les daba una cumplida satisfacción, todavía quiso el Presidente, haciendo un alarde de su sapiencia, estrechar al examinado persuadido de la negativa en la contestación, sobre la última pregunta que le hizo al humilde y sencillo aresano. ¡Misterio! Repúsose al momento Juan Manuel. Comprendió el peligro que encerraba aquella pregunta tan honrada como violentamente lanzada, sino era en el acto contestada.

Irguió la cabeza con la presteza del que tiene confianza en sí mismo, la que había inclinado sobre su pecho por la violencia misma de tan profunda interrogación, y devolvió ampliamente contestada la pregunta al presidente que reconoció la fama de su buena aplicación, de la que venía precedido como UNICO para obtener un ruidoso sobresaliente. Un estremecimiento de sorpresa primero, un murmullo de satisfacción después, invadió la sala, y los rostros graves de los espectadores empezaron a recobrar la alegría, dejando caer una sonrisa de satisfacción. El Presidente dió por terminado el acto retirándose el tribunal para hacer la calificación definitiva de los exámenes. Una ovación espontánea recibió el estudiante por el público, en premio a su aplicación.

Su padre lo abrazó ardientemente, y su madre nerviosa todavía, depositó en sus mejillas un ardiente beso, tras el fluir de copiosas lágrimas que rodaron por la faz de su hijo, como el agua regenadora del bautismo en su primer examen del curso de enseñanza superior.

Obtenido este franco éxito, que fué el comienzo de sus continuados triunfos estudiantiles, volvieron a Ares con Juan Manuel para que gozase de las vacaciones como un descanso regocijante y pleno en el oasis de su vida, iluminada por fulgores de un amanecer que sorprendía, como una revelación futura y solemne en el tránsito de su afortunada y errabunda carrera de próximo emigrante.

Juan Manuel aceptó la libertad del descanso

para gozarse en la cariñosa acogida de sus antiguos amigos que solícitos le brindaron momentos de intensa alegría con que endulzar las horas de aquel encierro, dedicadas a la brillante labor de estudiar textos de prosa complicada y aprender ecuaciones algebraicas en aquel colegio del Ferrol lejos del afecto de los amigos y del cariño de sus padres. Y en esta fraternal expansión juvenil del espíritu, dejaron escapar sus amigos frases de desafección a ese continuado encierro, condenando la severidad del estudio que los privaba de los goces libertarios de la playa, creyendo en ello descubrir con su animalidad prematura de ignorantes en Juan Manuel un tibio anhelo, un deseo oculto, un motivo de resuelta decisión para no volver delante de los graves profesores, que a la usanza de inquisidores aplicaban el martirio del encierro para el estudio: solo encontraron un afán, un placer, una voluntad firme que asombró y diricilizó el intento de sus amigos con aquellas frases, que rozaban peligrosamente la virtud prodigiosa del estudiante.

Después comprendiendo que aquel murmurar insistente en sus oídos podía torcer algo su decisión o despertar deseos insospechados, encerróse en los deliciosos rincones de su casa, y aprovechando los raudales de luz que sus cristalinatas ventanas vertían, entregóse al estudio de las asignaturas próximas, algo decepcionado del triste porvenir que esperaba a sus contemporáneos, futuros emigrantes como él.

Y, así consiguió el resto de los días de las

primeras vacaciones con los libros enfrente volcando su contenido en su mente lúcida, sin acordarse más del vagabundeo peligroso de sus amigos que insistentemente lo incitaban a ello.

Próximo ya el día de su regreso al colegio ferrolano, cuando un domingo en las primeras horas de la tarde, salía con sus padres a dar un paseo por la carretera hasta las afueras de la villa, con sus campos húmedos, verdes y ubérrimos, divisaron a lo lejos una turba de vocingleros chiquillos que se arremolinaban con estrépito. Continuaron atraídos por la natural curiosidad. Descubrieron que era una de esas familias de gitanos, desgajada del tronco principal, que errantes dan vuelta al mundo, sin consuelo ni hogar, quizás como castigo divino al revelarse soberbias contra su omnipotencia. Acampaban en aquel despoblado juncal, al margen de la misma carretera con su caravana de carromatos que imitando al arca de Noé, traía animales de varias especies. Sucios y mal olientes, vestidos con esos trajes de vivos colores, adornados con toda clase de baratijas doradas, enrollados al cuello vistosos collares, a las muñecas brazaletes con engastadas piedras de color, con largos pendientes en sus orejas, que siendo de valor, eran deslucidos por la sudorosa y grasienta desnudez de sus cuerpos morenos y tostados. Al contemplar Manuel y su familia, la desgraciada errabundez de esta especie humana con sus chiquillos famélicos, sucios y harapientos, en convivencia con los animales selváticos ya domesticados que sueltos empezaban a pas-

tar por el campo, salidos del fondo de uno de aquellos carros, surgió como por encanto delante de ellos una de aquellas mujeres jóvenes de ojos negros y grandes, de mirada simpática y penetrante, que tomando en sus manos la diestra de Juan Manuel, le dijo a sus padres. ¡Oh! yo echar la buena ventura, adivinar el porvenir de su hijo. Los chiquillos rodearon al grupo, ansiosos de conocer el resultado de la predicción gitana. Por instinto, por temor, por miedo a una de esas declaraciones siniestras que embargan el ánimo y llenan de terror el espíritu de las multitudes, adelantando una futura desgracia, la esposa de Manuel opuso recia resistencia intentando separar la mano de su hijo, pero éste con la serenidad que acostumbraba poner en todos sus deseos y no creyendo en tales supersticiones le dijo a su madre ¿pero miedo a qué?

La gitana que seguía reteniendo entre las suyas la mano de Juan Manuel, hizo que le enseñara la palma, tersa y blanca.

De momento sus grandes ojazos, más dilatados todavía por el efecto de cuanto iba leyendo en secreto en las arrugas de la palma, se escaparon relámpagueantes destellos que evidenciaban algo terrible, formidable.

La sonriente faz de Juana, adquirió lividez de muerte. Después la gitana exclamó: ¡Ah...! ¡Ah...! En un arranque de emoción que la enardecía encantada, pareció descubrir el secreto, y sin vacilar levantó su cabeza para sumir su mirada en los ojos de Juan Manuel para penetrar

más el misterio que tenía delante y extraerle toda la verdad a aquella revelación casi milagrosa. Volvió a mirar la palma de la mano más cerca de sus ojos, como queriendo sorberla, y susurró ladina, sonriente, picaresca. Tu serás muy rico, millonario. Viajarás, tendrás vapores, grandes fábricas y máquinas. La audacia y tu inteligencia serán la fuerza que impulse con seguridad creciente lo gigantesco de tus empresas. Calló, siempre sonriendo. Pero al momento con iluminación de visionaria, agregó: Ganarás mucho dinero, sí, pero lejos, en países que te son desconocidos muy lejos de aquí; después volverás.

Los padres del chico al oír las últimas palabras de la pitonisa, sintieron que una inefable emoción los invadía, dejando escapar una leve sonrisa que descubría la duda, la no creencia de aquellas vaguedades, tan románticas y desbordantemente reveladas. La turba de chiquillos que los encerraba en círculo, disolvióse entre gritos de ¡Eh! ¡Eh! serás millonario, serás millonario, como una burla de tan expectante adivinación.

Divulgóse por la villa la noticia con velocidad de relámpago, y la chismografía comadresca del pueblo, entregóse al comento con la singular cursilería de las multitudes para deducir la probable realidad de las cosas. De entre un grupo, salió un desafinado grito que hirió el tímpano de las gentes. ¡Quién sabe, quien sabe, si será millonario...!

Desde aquel mismo momento Juan Manuel fué vulgarmente conocido por el ¡Millonario! y su familia también.

### III

Volvió al Ferrol para continuar sus estudios tan animoso como siempre, sin que un débil recuerdo de aquella predicción gitana anidara en su mente clara y serena a pesar de tanto como había sacudido a la opinión bullanguera de las gentes de su pueblo, tan dadas a las críticas absurdas y callejeras. Nada, ni un solo momento más, recordó la halagadora y codiciada revelación, que en otra naturaleza menos predispuesta al olvido le asaltaría con el misterio de la duda.

Sus libros, sus estudios, los números puestos en geroglíficos entre rayas y cruces, eran ya su constante preocupación, y hasta las noches que debía al descanso para aliviarlo en su diaria labor, lo sorprendía animoso y resuelto hasta altas horas, grabándose, sorbiéndose en su memoria las lecciones del nuevo curso. Y así, así, siempre contumáz y agresivo consigo mismo, hasta lograr almacenar en su cerebro todos los problemas de aritmética, todas las formas algebraicas, todas las raíces, para ponerlas en práctica cuando ocupara algún cargo de perito contable. Sus profesores al verle tan abstraído y trabajador, llegaron a temer que se resintiera en su salud, pero él sereno y respetuoso les indicó lo infundado de tal temor por que gozaba intensamente, sin fatiga alguna entregado al es-



tudio. Según fué aprobando año tras año, con notas de sobresaliente en sus asignaturas, fué siendo menor el esfuerzo mental que oponía, por que después le bastaban algunas horas del día, para retener fuertemente, para penetrar luminosamente en lo hondo de tan rígidas y abstrae-tas fórmulas numéricas.

Los padres de Juan Manuel veían próxima ya la terminación de los estudios de su hijo con un aprovechamiento que halagaba el amor propio de ambos, acrecentado por los meritísimos diplomas y recompensas que había obtenido en cada exámen. Colmó más de satisfacción este amor propio, el regreso de su hijo con el doble Título de Perito Mercantil y Agrimensor, alcanzando noble y valerosamente en reñidos ejercicios de oposición al grado de sobresaliente que también ganó brillantando con ello su ya notable hoja de estudios.

Con estos valiosos trofeos por escudo, sentía-se Juan Manuel muy codicioso de dar principio a su carrera con operaciones prácticas, lo que había conquistado en ejercicios teóricos, vislumbrando en atisbo certero, que no era en aquella tierra gallega de sus amores, donde podría alcanzar popularidad, nombre y dinero por la pobreza con que recompensaban el ejercicio de su profesión. Presintió vagamente en lo más recóndito de su alma, iluminada por infinita fulgidez, la necesidad de buscar ancho campo a su futura actividad, que impulsada por un fuerte deseo no tenía ya horizontes. Silenció cautelosamente por el momento las fulminaciones que

le empezaban a atormentar, de probar fortuna emigrando para América donde las grandes empresas tocan al cielo por lo brutal de su concepción en el loco deseo de alcanzar gloria y acumular millones. No pudiendo prolongar por más tiempo en secreto su audaz propósito, con la determinación que espantaba por lo atrevida y rápida con que actuaba, resolvió al día siguiente revelar a sus padres sin perplejidad lo inaudito de su pensamiento. Fué una escena emocionante y cruel, la que porvocoó Juan Manuel entre sus humildes padres entreviendo la fría realidad, que abnegados ante el sacrificio de verlo partir, solo debilmente le hicieron resistencia, para que al menos aplazase dos años su atrevida empresa, conociendo lo imposible de borrarle del todo aquel empeño definitivo. Pero Juan Manuel que por sus estudios ya se creía muy conocedor de lo fugaz que son las cosas humanas; recordando toda la lectura filosófica de los grandes maestros griegos, como Pitágoras de Samos, Sócrates, Aristóteles y otros, intentó llevar al convencimiento de sus afligidos padres con estos razonamientos lo peligroso de sus deseos.

¿Por qué aplazar para mañana—abandonándonos en brazos de una impura realidad—lo que nos tiene reservado el destino que hagamos hoy mismo?

¿No renegaríamos por todo el tiempo de nuestra existencia, si por una torpeza o por un vulgarísimo sentimiento magnánimo retrasáramos dos segundos en el tránsito de nuestra vida, la

ocasión, perdiéndola de alcanzar la felicidad en esta tierra que corre a razón directa de 108,000 kilómetros por hora o sea de 1,800 por minuto en su movimiento de translación? Si padre: sería condenable que por no habernos despojado de un sentimentalismo transitorio, no aceptando serenos las lecciones que la historia y la propia Naturaleza nos da, perdiésemos la suerte que nos esperaba en el curso errabundo de nuestro ser por él mundo. ¡Y quién sabe, si estos propios minutos que ahora pierdo razonando mi determinación entre ustedes, no sean los suficientes para torcer, para alterar el misterioso camino que debo seguir en lucha con diez, con mil, con dos mil millones de almas que me saldrán al encuentro para disputarme el trofeo victorioso que el destino me tiene reservado!

Juan Manuel con la fluidez de su palabra, fría, mesurada y persuasiva había impresionado de tal modo a sus padres, que logró disiparles de su contristado ánimo el mal efecto causado por el anuncio de su aventurado viaje, no oponiéndole ya la amorosa resistencia del principio, por que su espíritu anegado por la bondad empezaba a recobrar su serena tranquilidad, con la firmeza de los padres que no deben, ni pueden privar de felicidad a sus hijos por amarga que resulte una ausencia.

Después fluyeron a torrentes en su lúcida mente, ideas de pasmosa originalidad para determinar cual país debía ser la Meca de su actividad próxima. Con su retina de prodigiosa visualidad, creyó ver en la Habana la ciudad

propicia al comienzo y desarrollo de sus planes ya trazados. Sin perder el minuto de tiempo en que fundaba ya todo el éxito de su carrera, tomándolo como factor decisivo lo descompuso en milésimas para aquilatar más exactamente su valor en relación con la velocidad de la tierra en su movimiento de translación que suponía ligado como signo inseparable a la suerte de sus negocios, que presentía de un valor incalculable. Eligió el buque más rápido en la trasevía, y embarcó el 15 de Noviembre del año 1891 por el puerto de la Coruña, llegando sin novedad a la Habana el 30 del mismo mes a las 5 de la tarde, desembarcando al siguiente día primero de Diciembre a las 9 de la mañana, por los antiguos muelles de San José.

## VI

Empezó con suerte sus operaciones en la Habana Juan Manuel, y después de dos años ya era campo estrecho para sus negocios, que solo estimaba de valor relativo, por que en aquellas fechas no estaba preparado ni abierto a las grandes iniciativas el País, para crear empresas formidables que el capital no apoyaba, ni las autoridades españolas que gobernaban la Isla protegían, más atentas a observar y descubrir el movimiento político de carácter revolucionario que parte de los nativos imprimían con la gravedad de un alzamiento formidable, apoyado en los Estados Unidos por una parte de sus habitantes, para hacer una patria libre con gobierno republicano, salido de una constitución

calcada en la de Norte América. Los temores que asaltaron a Juan Manuel, se vieron tristemente realizados porque el 24 de Febrero de 1895 se dió el grito de ¡Viva Cuba libre! en Baire, provincia de Oriente, confirmando los hechos cuanto había anticipado como un momento impropio para emplear dinero y gastar energías en un país que tan intensamente sería sacudido por medio de las armas, sin garantías para la vida y los negocios que dependiesen de la explotación interior del campo. Decidido balanceó sus recursos, y los liquidó, considerando inminente tomar una resolución rápida. Volvió antes a aquilatar el valor de la centésima de segundo, para no retardar su voluntad en caso necesario, y llegó a la conclusión de trasladarse a otro país. Pensó entonces en México, resueltamente. La patria de Montezuma le brindaba por lo cercana que estaba, por el idioma español que se hablaba, y por los multiformes recursos que su suelo encerraba para una explotación adecuada, una colosal oportunidad de fomentar con su genio emprendedor, una compañía que prometiera con largueza, remunerador interés al capital aportado y al esfuerzo personal rendido.

Fuese a la capital mexicana confiado en su estrella que brillaba con destellos deslumbradores. Días después de su llegada, aceptaba el cargo que le ofrecieran de Perito contable en la gran Fábrica Nacional de Papel "San Rafael", establecida en aquel estado que surtía a toda la República. En aquel puesto de confianza desarrolló una estupenda labor que le dió nombre

y prestigio entre los financieros y hombres de negocios, adquiriendo tiempo después, en propiedad varias acciones de esta poderosa empresa que consideraba de valor, por el derecho que le daban de terciar en los debates, para el exámen de la memoria anual que la compañía tenía la obligación de presentar a sus accionistas en la Junta General. Como hombre confiado en la ciencia de los números que conocía, fué demostrando primero, y repudiando después como perjudiciales al buen desenvolvimiento económico de la empresa, donde figuraban personas de influencia, pero carentes de ciencia administrativa, que no pudo ésta justificar, ni siquiera demostrar lógicamente el acierto que perseguían, cuando su Presidente intentó débilmente defender al Consejo. Esta velada censura que alcanzó poner en evidencia ante la General, la falta de aptitudes en el Consejo, causó naturalmente sorpresa, produciéndose cambios importantes en su constitución.

Rehusó delicadamente favorables ofrecimientos en aquella oportunidad, por que estimaba indigno aceptarlos después de creerse culpable de haber provocado aquel movimiento tan brusco como inesperado. Dos días después fué sorprendido en su modestia, por la publicación en los más grandes rotativos, revistas y magazines, de su retrato con un cálido elogio a su admirable labor que prestigiaba sus conocimientos en ciencia administrativa y mercantil, y sus dotes de caballero, que lo hacen muy recomendable para el puesto de Director por la sabia orienta-

ción que imprimiría para alcanzar una producción más importante en aquella fábrica dotada de la más moderna maquinaria. Pero a Juan Manuel no lo halagaba en nada ser director de la fábrica, por que él aspiraba ya a más, mucho más, forzado por algo muy superior que misteriosamente lo impelía.

Desempeñó pues, corto tiempo, la dirección, que bastó para darle una maravillosa organización duplicando la super producción con menos costo, lo que fué reconocido por valiosos elementos de la Industria y de la Banca interesados en el negocio, desde la fundación de la fábrica. Estos elementos no le regatearon su felicitación, y pensaron que sería el hombre para intentar la preparación y explotación de algún gigantesco negocio de los muchos que ocultaba su país.

Trató de reaccionarse bien, en los centros bursátiles, adquiriendo amistades de gran solvencia moral y material, que le daban un relieve necesario a su personalidad para todo intento no lejano de hombre de negocios. Dispúsose después viajar para conocer bien el país en sus fuentes de producción, admirar la variedad de su clima propicio al negocio, y examinar la fertilidad de sus tierras, lo rico de su suelo y lo magestuoso de sus montañas, lagos y ríos.

Sorprendióse alegremente al ver minas de los más preciosos metales, con una incalculable riqueza, que nadie podía avalorar por lo dilatado del terreno.

Pasó después a las zonas de terrenos petrolí-

feros para estudiar con la reposada atención del hombre de negocios, la oportunidad que ofrecían a su interés, descubriendo asombrado como de la propia naturaleza del subsuelo brotaban potentes chorros de petróleo crudo, cual torrentes impetuosos de lava volcánica que todo lo inunda. Ante esta prodigiosa riqueza que se perdía cubriendo parte de la superficie de la tierra, su imaginación se exaltó vibrando en su alma de genio, la fuerza misteriosa que bruscanente lo impulsaba hacia adelante hasta tocar el éxito. Con estoicismo, sonriente, concibió la más atrevida empresa de esta naturaleza que sobrepujaba a las inglesas, para aprovechar los chorros de petróleo que impetuosamente subían a lo alto, para caer como cataratas sobre el suelo. Sometió a minucioso cálculo, a números, su grandioso proyecto con la suprema seriedad de un experto en matemáticas, sacando prodigiosas conclusiones que a otro hombre menos preparado y fuerte para recibir las grandes emociones del espíritu, lo hubieran hecho retroceder asustado y perplejo. Pero a Juan Manuel estas insospechadas revelaciones de los números que acusaban montañas de cifras por lo brutal de su importe, le proporcionaban un consuelo, un bienestar, una satisfacción que lo curaba de las horas angustiosas en que no vislumbraba ningún proyecto atrevido y audaz. Recordó su minuto, el valor de su minuto y regresó a ciudad de México muy contento para exponer a algunos capitalistas el formidable plan que había concebido, para el cual se requerían más de un millón



de dólares. Puso todo su interés, sus recursos numéricos, y su asombrosa dialéctica para exponerles claramente lo gigantesco de la empresa y lo productivo del negocio, hasta ahora nada comparable emprendido en toda la República. Parecióles algo riesgoso, casi peligroso a los capitalistas la inversión de tal cantidad en la compra de los terrenos y explotación del negocio del petróleo, que según sus teorías podría mañana dejar de brotar, no mostrando interés alguno en las sucesivas entrevistas para ultimar el negocio, que ya consideraban abiertamente difícil y obscuro. Tal actitud contrarió notablemente a Juan Manuel que no quiso perder más tiempo con hombres que no le comprendían, que jamás le comprenderían a pesar de hablar el mismo idioma, pero careciendo del mismo espíritu de empresa, del golpe de vista para medir su importancia, y del caudal de conocimientos numéricos a que había sometido el plan de su futura empresa. Confiado en sus propios impulsos, en arredrarle este contratiempo que calificó de estimulante a su enérgica decisión, ordenó publicar este anuncio en el rotativo americano, "New York Herald". Solicitó un hombre de acción para una empresa colosal que disponga de un millón de dólares. México City P. O. B. 5400. J.M. Piñeiro.

## V

Acabab de firmarse la paz entre España y Norte América en Washington el día 12 de Agosto de 898 de la guerra que precedió a la

independencia de Cuba. Por esta razón no creí probable Juan Manuel que ningún millonario americano se dispusiera emprender este negocio. No obstante confiado en su buena estrella, no quiso perder el segundo de tiempo que ligaba al porvenir de sus empresas como algo providencial. Días más tarde recibió sorprendido el telegrama que sigue, citándolo para una ciudad "El Paso". "Impuesto anuncio, salgo para el Paso, donde lo espero para entrevistarnos.—W. S. Smith". Concurrió a la cita preparado y documentado. Cambiados los primeros saludos, entraron a tratar sobre los más importantes puntos del negocio, exigiéndose mútuas garantías para el caso. Terminados felizmente los preliminares del vasto negocio, desde allí mismo se dirigieron a la zona del petróleo, que antes había visitado solo, Juan Manuel. Quedose admirado Mr. Smith de la profusión con que salía de aquellos pozos el petróleo. Casi no era necesaria la exploración ni perforación de nuevos pozos, pero en tal caso se efectuaría sin grandes gastos por que el subsuelo de fin capa vegetal por ciertas partes así lo prometió.

Mientras tanto Juan Manuel tendía a vista de águila por aquellas inmensas tierras hasta perderla en la lejanía del horizonte, examando asombrado: ¡cuanta riqueza encierra este gran país! Mr. Smith que oyó la exclamación contestó: ¡Oh yes, very rich! ¿En cuántos barriles diarios calcula usted la producción M. Piñeiro? preguntó repentinamente el americano.

Juan Manuel que ya había sacado los cálcu-

los con anterioridad, contestó no menos rápido y tranquilo. En 200 mil barriles de cien galones cada uno.

I, Thank you sir, agregó Mr. Smith, y tendiéndole la mano que estrechó calurosamente le replicó, estamos de acuerdo. You are an honest man.

Y, allí sobre el mismo terreno, quedó definitivamente sellado el pacto para la adquisición del terreno y explotación del negocio que indudablemente haría de Juan Manuel un temible magnate petrolero. En la ciudad de Austin en territorio americano fronterizo a tierras de la República Mexicana, firmaron la escritura y la Piñeiro Smith Petroleum Ca., fué registrada como la propietaria de los extensos terrenos petrolíferos en el estado de Tamaulipas.

Al siguiente día los rotativos de ciudad de México publicaban la noticia con extensos detalles de la operación dándole la importancia de ser una de las más ricas empresas radicadas en territorio nacional.

Dos años después, las acciones de la compañía se cotizaban en todas las bolsas con prima, y eran solicitadas, por los enormes dividendos que repartía a su tenedores.

El desarrollo formidable del negocio, hizo pensar a Juan Manuel en la necesidad de crear una flota propia de barcos tanques para el transporte de los productos levantando fábricas y astilleros en el abra del Río Delaware en la entrada del puerto de Filadelfia, E. U. A. Dió cuenta a Mr. Smith de tal necesidad y el ame-

americano compenetrado del propósito contestó: All right. I agree with you.

Trasladóse a Filadelfia, y en tres meses quedó colocada la primera quilla en los astilleros, que todavía no estaban terminados, y ya una actividad que asombraba se notaba por todas partes, batiendo y remachando planchas con máquinas eléctricas y de aire comprimido, en los buques casi en esqueleto. Algunos años después J. M. Piñeiro, poseía a la perfección el idioma inglés, y desde entonces ya fué conocido por Mr. Piñeiro al adquirir la ciudadanía americana y haberse casado con Miss Emma Baldiwin, sobrina del famoso fabricante de locomotoras de renombre universal. Fijaron su residencia por el momento en Filadelfia para trasladarse después a New York, donde los negocios reclamaban su presencia con mucha frecuencia. De naturaleza fuerte no descuidó jamás sus negocios y en su espíritu emprendedor sentía ya las primeras fulminaciones de otra empresa colosal.

Dejarlo para luego—se dijo—sería olvidar el valor que representa mi minuto, y consecuente con sus principios, no podía traccionarlos sin ver nublarse el horizonte de sus hazañas industriales. Time is money, replicó Mr. Smith, cuando le informó de sus sueños. Y el año 1909, anexo a las otras fábricas The Refinig Petroleum Oil Co., subsidiaria de la Piñeiro Smith Petroleum Co., principió a trabajar con una capacidad de un millón de galones diarios.

Los alzamientos revolucionarios acaudillados por Francisco I. Madero, contra el gobierno del

austero general Porfirio Díaz, tachado después como tirano por los suyos, algo afectó el buen desenvolvimiento para la extracción del petróleo, que fué limitado más tarde por las actividades del rebelde y célebre guerrillero "Pancho Villa" hasta que la acción diplomática de Mr. Piñeiro apoyado por su dinero logró que le dejasen casi libre de todo entorpecimiento. Aprovechase de esta facilidad y toda la flota fué puesta bajo su dirección única para cargar sin pérdida de tiempo sus enormes tanques, trabajando día y noche, por que vislumbraba con su poderosa inteligencia, los nuevos y futuros contratiempos que las depredaciones de los insurgentes, sin respeto al gobierno constituido opondrían al orden y la ley, quebrantada por completo por la propaganda personal de los agentes y de una literatura disolvente que la prensa de partido cada vez más osada distribuía por todas partes. No reconocido el gobierno mexicano producto de la revolución por el de Norte América, se agriaron de tal manera las relaciones que el gobierno americano se vió precisado a destacar barcos de guerra para el puerto de Veracruz, el que tomó en son de guerra, desembarcando tropas en el mes de Abril del año 1914, y ordenó una expedición llamada punitiva que penetró en territorio de México para castigar el orgullo de los rebeldes. Pero en vez de imponer un duro castigo, más bien lo recibieron las tropas americanas que regresaron maltrechas a la frontera de su país. Estos desgraciados acontecimientos paralizaron como lo había pre-

visto Mr. Piñeiro por el momento, la casi actividad de los embarques. Meses más tarde, fué recobrando su normal capacidad la extracción del petróleo y transportado a los grandes depósitos para seguir refinando en todo el grado máximo que la planta requería.

Los poderosos recursos de la Piñeiro Smith Petroleum Ca., eran ya tan fabulosos que pasaban de 200 millones de dólares, sin afectar a sus subsidiarias, y el hombre de negocios nacido en la obscura villa de Ares, volvió a poner en acción con su osadía e indomable energía otro de sus atrevidos proyectos.

Corría ya el año de 1915, y la guerra europea empezaba a asolar las más ricas comarcas de Bélgica y Francia por la incontenible invasión de las tropas vencedoras alemanas. Observador concienzudo de la contienda Mr. Piñeiro, solo le bastaron los primeros doce meses para comprender la magnitud que iba adquiriendo la conflagración, de la que al fin sería difícil poder sustraerse a los americanos. Hizo cálculos, los estudió y compulsó en todas formas, llegando siempre con horror a la conclusión del sacrificio que debía imponerse al pueblo, en beneficio de la libertad. Conferenció con su socio, y esta vez puso toda la atención que requería la luminosa idea de Mr. Piñeiro que veía acercarse la hora americana de asombrar al mundo con su poder y sus recursos. Aceptó Mr. Smith sin reservas los puntos fijados por su socio, y exaltándose en su amor propio de americano gritó: ¡Wonderful idea, Welcome!

## VI

No necesitó más Mr. Piñeiro. Salió, y fué contratar con la famosa Westinghouse toda la complicada maquinaria eléctrica que debían mover los múltiples aparatos del taller de ajustar y fundición que en breve trabajaría bajo su dirección.

Transecrido el tiempo necesario la The Piñeiro Works Machine and Foundries Ca., empleaba miles de obreros y de sus altas chimeneas salían densas columnas de humo que subían al cielo. El gobierno americano les adjudicó las primeras construcciones de sus famosos Destroyers de alta mar que tan importante papel representaron dando escolta a los transportes de tropas al entrar los americanos en el conflicto armado. Y, poco tiempo después, la sensacional declaración de guerra del Gobierno Americano al de Alemania y sus aliados, se difundió por toda la República con el ritmo de esperanzas supremas para abatir el orgullo y el coraje no vencido todavía de las huestes Germanas.

El vasto territorio de la Unión con sus nueve y medio millones de kilómetros cuadrados de superficie, se convirtió en inmenso campamento. Los millones de soldados se movían marciales entrenándose en ejercicios sin discontinuidad, y las fábricas empezaban a rendir sus mayores tareas en la preparación de ropas y alimentos. En breves días muchas transformaron sus plantas para la producción de pertrechos bélicos con la pasmosa rapidez del genio americano. De día

y de noche, no cesaban jadeantes las multitudes de aportar en estrecho esfuerzo su concurso, turnándose en único deseo de utilidad al gobierno. Fué en estos instantes de infinita ansiedad, cuando llamó con gesto de titán el Presidente Wilson a los ciudadanos de la Unión, para imponerles un sacrificio común en aras de la libertad activando la construcción de naves muy necesarias para el transporte a través del Océano de las legiones de la República, a los ensangrentados campos de la Francia atropellada, rindiendo un tonelaje diario que superase a la destructora voracidad de los submarinos germanos. Este llamamiento tan previsor y patriótico, penetró en el alma de Mr. Piñeiro. Jamás se sintió tan sacudido por deseo tan brusco, por una impaciencia tan fulminante. Su carácter siempre frío, inalterable a todo incentivo, sufría anhelante un cambio tan profundo como extraño. Intentó reponerse, calmarse de la fiebre que lo invadía.

Tomó el "New York Times", que en aquellos momentos era pregonado y vió como desde San Francisco hasta New Jersey, las compañías propietarias de astilleros ofrecían al gobierno triplicar, multiplicar sus construcciones de acuerdo con su deseo.

De acero, de hierro, de madera y hasta de concreto, se ponían diarias quillas con la rapidez del rayo. Sintió el vértigo, el deseo de cumplir y en su cerebro surgió un pensamiento único maravilloso. Reunió a los diversos ingenieros de sus plantas muy ocupados en tareas extraor-



dinarias y sin pérdida de tiempo les sometió su original proyecto, para que técnicamente lo estudiaran y le contestasen si era realizable y práctico. Asombrados los ingenieros le contestaron después de un estudio previo: ¡Yes! Yt may be posible.

Resueltamente se trasladó a Washington acompañado de Mr. Smith, y celebraron una entrevista con el Secretario de la Marina. Momentos después éste los acompañaba a la Casa Blanca, residencia del Presidente, para informarle y ofrecerle el concurso de su genio creador. Mister Wilson, estrechándoles fuertemente la mano les dijo después de conocer en detalle el asunto: Very Well. I congratulate you, y sin perder más tiempo los despidió cariñosamente desde los umbrales de la mansión diciéndoles ¡Good Bye!

La suerte está echada. El Aresano nativo, prestaba a la Nación Americana su patria adoptiva el servicio más efectivo que hombre alguno había concebido en los últimos tiempos. De las gradas de sus astilleros se botaban al agua diariamente DIEZ cascos completos de DIEZ MIL toneladas cada uno. El secreto de estas fabulosas construcciones, consistió en aquella luminosa idea que Mr. Piñeiro había sometido a la técnica de sus Ingenieros. La proa y la popa de cada barco era de una sola pieza fundida, con una aleación de metales especiales sometidos a la prueba más concluyente ideada por los ingenieros, que también lograron vencer el modelo para unirlo fuertemente a los costados sin menoscabo de la seguridad. La República había

asombrado al mundo con la inventiva de métodos especiales para las nuevas construcciones marítimas rápidas y precisas.

En estos buques fueron embarcados y transportados los batallones de la victoria a los puertos franceses con pasmosa rapidez, sin que un solo incidente demorase su travesía ni su desembarco, estando horas después frente al enemigo dispuestos a medir sus armas. En las recias batallas subsiguientes pronto las legiones americanas lograron abrir brecha en el frente germano, obligando a su gobierno a concertar un armisticio. Y tras de este armisticio se vislumbró la paz, esa paz tan anhelada. Como una aurora que inundó de radiante luz los campos, tintos en sangre todavía se anunció la paz.

El mundo recobraba su libertad y la justicia su fuero.

## VII

Los meses de constante actividad a que había sometido su espíritu emprendedor durante la guerra Mr. Piñeiro, le trajeron cierta dolencia que fué agrabada por las tristes noticias que recibiera anunciándole el fallecimiento de sus padres uno tras otra, víctima de aquella epidemia vulgarmente conocida por la grippe y que la ciencia determinó con el nombre de influenza.

Con su buen corazón jamás los olvidó, pasándoles por medio de sus Banqueros una crecida mensualidad que los independizó económicamente, la que recibían con puntualidad de una casa

bancaria del Ferrol. Ahora solo parientes muy lejanos le quedaban en aquel rincón de las costas gallegas al que por el momento no pensaba volver. Con un prolongado reposo y los cuidados de su familia fué lentamente recobrando la salud perdida mientras que su adorada hija Lydia cumplía sus estudios en uno de los más reputados colegios de la Unión. Los idiomas y la música eran estudios especiales a los que prestaba Lydia una dedicación de artista tan intensa, que bien pronto descolló prodigiosamente en ellos.

Así hablaba el español casi correcto, lo que encantaba a su padre cuando entre ambos sostenían animada conversación en este idioma, que por lo regular siempre se refería a cosas de España, y que en un arranque de delicadeza un día le ofreció llevarla en viaje de recreo, lo que aceptó Lydia muy entusiasmada.

Terminó sus estudios y la alegría en aquella regia morada del magnate petrolero situada en la aristocrática barriada de Riverside número 400, fué aumentando con los encantos de aquella niña rubia que dedicaba largas horas al canto y la música que sentía con pasión de artista. Así fué deslizándose la agradable vida del millonario ya algo alejado de los negocios para dedicarse a los suyos encantados también de la placidez con que veían pasar los días, en la plenitud de su humana naturaleza.

La actividad de los negocios la había reemplazado por el descanso y la tranquilidad del hogar, entre atenciones y mimos, sin la vulgar

abstinencia de teatros, paseos, carreras de caballos y demás sports de los que tanto gustaban y que eran la delicia de la gentil Lydia.

La ópera era sin disputa el motivo que más las atraía, por que la música les hacía vibrar su alma modelada en este arte, todo inspiración, ternura y alegría.

Por eso eran abonados asíduos de la Metropolitan Opera House, el más regio templo de New York consagrado a este arte, donde solo artistas de fama mundial son admitidos para conservar la tradición de su rango. Lydia cumplía justamente en estos tiempos, los 17 años, en la primavera de su vida y su madre Mrs. Piñeiro se dispuso a presentarla en sociedad, en aquella Sociedad Neoyorkina, que tanto admiraba y quería no solo al hombre de negocios y magnate petrolero, sino al célebre inventor de la forma rápida para la construcción de buques, aportada a la Nación en aquellos días de prueba. Por eso su nombre sonaba con devoción entre lo más distinguido de la Unión por su patriotismo.

Con la ostentación que le correspondía de millonario, se preparó, la suntuosa fiesta en el palacio de Riverside Drive, haciéndose selecta invitación a la que correspondió lo más granado de la sociedad, con la riqueza de sus joyas y de sus elegantes y costosos vestidos. Minutos después las más potentes estaciones de Radio, como novedad introducida lanzaban al espacio una completa reseña social de la velada que fué re-

cogida por millones de aparatos para verterla en los oídos de las multitudes ansiosas.

Todos los rotativos de la madrugada en sus páginas de honor reseñaban el acto como un fasto en la historia social de New York, publicando el retrato de la festejada y varias fotografías de los momentos más salientes de la regia fiesta.

La hija del millonario y sus padres estaban contentos, satisfechos de la cálida acogida que les había dispensado la sociedad neoyorkina de la que desde aquel mismo instante ya era miembro distinguido.

Señalóse desde entonces en aquella mansión días de recibo, y empezó Lydia a dar fiestas bailables, soires, recepciones y demás pasatiempos mundanos que sus padres gozaban admirados, por la distinción social que los presidía y el gusto artístico que en todas partes flotaba como cumplimiento de sus órdenes en la disposición de luces, flores y objetos, cuya impresión dejaba recuerdos imperecederos en los cultos elementos que honraban fiestas tan distinguidas.

Un día sintiéndose algo cansada, levemente fastidiada por tan deslumbrantes actos quiso dar motivo para tener un compás de espera, de descanso, y recordó que su padre la había ofrecido un viaje de recreo por Europa, sin hacerle mención de visitar la lugareña villa donde había nacido y que ella quería conocer muy intensamente. Creyó encontrar buena oportunidad para recordárselo, ahora que el Médico le prescribía a Mr. Piñeiro un largo viaje por mar, para recuperar parte de su salud algo quebran-

tada, que seguro obraría en su naturaleza como un sedante maravilloso, ya que las drogas eran inútiles, por que lo necesario era descanso, tranquilidad, ausencia de los negocios, para curar el cuerpo y el espíritu. Al sentarse a la mesa para comer intentó Lydia con su despierta inteligencia aprovechar la ocasión y en tono cariñoso le habló en español como cuando quería obtener de él algún favor, recordándole lo ofrecido que ahora estaba justificado por la necesidad dejándole conocer su deseo muy fuertemente sentido de pasar en el pueblo de su nacimiento unos días para recoger agradables sensaciones y recuerdos. Levantó sorprendido la cabeza Mr. Piñeiro para mirar a su hija con extraordinaria fijeza extrañado de deseo tan particular. Su esposa al verlo en actitud de tan exaltada sorpresa le preguntó alarmada, por desconocer la conversación que en español sostenía con su hija. ¿What is the mater with you, ¡Oh, nada, tranquilízate, replicó Mr. Piñeiro. Algo que había ofrecido a Lydia hace tiempo y que ahora me pide que le cumpla y que debo satisfacer, algo admirado de su rara simplicidad de conocer una aldea con muchos encantos naturales, pero desprovista de comodidades.

Su hermoso yacht que estaba en los astilleros, fué inmediatamente ordenado preparar para un largo crucero. Su perfilado casco había sido construído según su famosa fórmula salvadora, en su vientre almacenaba el petróleo necesario para usarlo como combustible que moviera sus potentes máquinas para desarrollar un andar de

22 nudos por hora. Estaba dotado de todas las comodidades, de los más modernos adelantos. Baños, gimnasio, fumador, salas de juego, biblioteca, capilla, jardín, cuarto de fotografía, telegrafía inalámbrica, aparatos de radio, excelente hospital con su botiquín y un completo instrumental quirúrgico. Lanchas motoras para paseos en bahías y lagos, y un quinteto musical que amenizaba a las horas de las comidas y daba conciertos por las noches. Un potente reflector eléctrico cuyo haz de luz alcanzaba varias millas estaba colocado en la parte más propia del palo mayor. Fueron invitados algunos familiares de su esposa entre ellos Mr. Baldwin, famoso constructor de locomotoras. Salieron de los muelles, a la altura de la calle 25 el día 30 de Abril de 1921 a las 9 de la mañana, para un raid por el Mediterráneo hasta las costas Inglesas, para regresar por las Azores y las Barbadas.

## VIII

Toda la travesía fué feliz, y el día 7 de Mayo pasaban muy cercanos a las Islas de Córcega y Cerdeña en dirección del puerto de Nápoles, para visitar también a Roma y Génova. El 24 salieron para Niza, Tolón y Marsella en Francia y el 15 de Junio se hicieron a la mar rumbo a Barcelona en España. En la Ciudad Condal desembarcaron sus magníficas máquinas Cadillac de 40 caballos, tipos especiales, dotados de aparatos de telegrafía inalámbrica, con un radio de alcance de 200 millas. Estos automó-

viles tenían la especialidad de poder ser convertidos en camas por medio de resortes, bastando solo oprimir unos botones eléctricos. Después de conocer la ciudad, visitaron las más importantes poblaciones del interior, los sitios más históricos de la provincia y la mística gruta en plena montaña rocosa, donde se apareció la milagrosa virgen de Montserrat que lleva su venerado nombre.

El 30 levaron anclas para recalar en Valencia y después en Gibraltar. Apareció semi-cubierto de niebla en su cúspide el imponente peñón, erizado de cañones, causando mala impresión en el ánimo de los viajeros que solo notaban por todas partes huellas de un militarismo enardecedor, al extremo de preguntarle a Mr. Piñeiro cual era el motivo de que en tierra española existiese el dominio inglés.

Evacuó la pregunta con entonación casi trágica diciendo: Mientras las bocas de esos cañones—y señaló con el dedo las baterías prestas a disparar—sea el atributo de la justicia con que Inglaterra juzga a los pueblos débiles, habrá tiranía, y tiranía y afrenta es el dominio por la pérfida Albión de ese trozo de tierra española arrebatado violentamente. Tal respuesta cayó como una sentencia entre los oyentes, a la par que subía al rostro siempre sereno de Mr. Piñeiro, una oleada de sangre que lo encendió, mostrando deseos de volver abordo. Los visitantes unánimemente le comprendieron y contestaron: ¡Very Well, Very Well!

Hiciéronse nuevamente a la mar rumbo a Cá-



diz, donde desembarcaron para conocer también las ciudades de Sevilla, Córdoba y Granada con sus históricos monumentos de estilo árabe que tan admirablemente se conservan desde la dominación de esa parte de España por la Morisma, hasta el día 2 de Enero de 1492 que fué entregada Granada por su dominador Boabdil, al católico Rey Don Fernando con sus nobles y generales que la rindieron al frente de 40 mil infantes y 10 mil caballos.

Encantados quedaron los excursionistas de estas cuatro ciudades, pero donde admiraron las bellezas más inesperadas fué en Granada desde las alturas que dominan el Alcázar de la Alhambra y el Generalife, con toda la grandeza de una civilización árabe para ellos desconocida. Granada está dividida por el río Darro, tiene a su derecha el barrio del Albacín, San Lorenzo y la mayor parte de la moderna población, y por el lado opuesto como testigos mudos del arte que inspiraran a sus gloriosos artífices varios monumentos, entre los que descuellan esa Alhambra maravillosa y única, con sus patios, sus fuentes y sus torres, y el Generalife con sus salas, patios y demás dependencias de elegantes y vastas proporciones.

También impresionó muy agradablemente a los americanos la Gran Mezquita de Córdoba, construída el año 793 de J. C. por Abd-er-Rahman, con sus mil columnas todas de capiteles distintos, la que era alumbrada con 4,700 lámparas.

En Sevilla quedaron deslumbrados ante los

Reales Alcázares, construídos por los árabes, los dormitorios, los baños, las salas diversas y el magnificante salón de Embajadores, los patios de las muñecas y de las doncellas, los jardines, y los sótanos. La torre del oro y la de la plata, la Catedral y la Giralda, la Casa de Pilatos y las Columnas de Hércules con sus famosos Plus-Ultra. Estas maravillas seguidas de su historia fueron puestas al alcance de los americanos para que se deleitasen contemplando aquel poder de pasado dominio.

Volvieron a Cádiz, trayendo en su mente recuerdos que jamás creyeron encontrar tan cuidados y frescos, saliendo para Lisboa, donde permanecieron algunos días para conocer las bellezas del suelo portugués.

El día 2 de Agosto estaban a la vista de las costas gallegas, enfocando con sus gemelos la milenaria Torre de Hércules, que sirve de faro gigantesco a la entrada del puerto coruñés. Mister Piñeiro se pasó en el puente superior horas, hasta que distinguió el famoso peñasco que emerge en medio de las aguas conocido por la Marola, y desde aquel momento se dedicó con sus excelentes prismáticos a recorrer la costa de la izquierda, hasta que descubrió los ingentes farallones llamados las Mirandas, y por sobre ellas las tierras de cultivo que tanto había conocido y gozado de niño. Ante la grandeza de estas costas sintió las primeras fulminadoras emociones del espíritu, y sus ojos brillaron de inefable alegría. No pudo contenerse por más tiempo y llamó a Lydia en silencio, haciéndola confidente

de la impresión tan grata que recibía al contemplar sus ojos, después de 32 años de ausencia aquellas tierras queridas. En estos momentos empezaba el buque a dar la vuelta sobre el célebre Castillo de San Antón, para fondear en la rada coruñesa que lucía esplendorosa.

En una de las lanchas motoras se trasladaron a tierra, para conocer toda la ciudad pletórica de animación y vida, que gustaron al ver aquel paseo de la calle Real abigarrado de gentes bien vestidas y con lujo de joyas. Visitaron los lugares históricos en la ciudad vieja, y permanecieron buen rato ante el panteón donde moran las cenizas del bravo general inglés que murió defendiendo la Coruña el día 17 de Enero de 1809, batiéndose con las tropas Napoleónicas que invadieron España, llamado Sir Jhon Moore.

Salieron en sus máquinas para visitar los sitios más históricos en toda Galicia, deteniéndose en cada provincia, para admirar las bellezas de la campiña y las rías de Pontevedra. Entraron en Santiago de Compostela con recogimiento, penetrando por sus rúas estrechas y sombrías todas misterio, bajo la sensación de estar en un pueblo muerto, que fué aumentando al verse de repente frente a la Basílica con sus elevadas torres que parecían tocar al cielo con la punta de sus agujas rematadas en cruz. En el pórtico de la Gloria solitario y frío, se detuvieron en contemplación extática ante la grandiosidad de la talla en aquellos bloks de granito, de tanta figura bíblica que simbolizaban escenas místicas de pasadas edades. Penetraron en el interior de la

Catedral, y bajaron al sepulcro donde residen los restos del inmortal Apóstol. Desenfundaron sus Kodaks y tomaron vistas de aquellas maravillas milenarias.

Después regresaron a Coruña, sin que Mister Piñeiro intentara hacer el viaje a Ares por la carretera en los potentes Cadillac, por que prefirió la vía marítima para conocer la impresión que causaría la llegada de su yacht entre las humildes gentes de su pueblo. El día 12 hicieron rumbo a la arenosa playa de Ares.

Después que pasaron frente a las Mirandas a corta máquina, empezó a sonar la sirena del buque con sus quejidos de Mastodonte herido, que se iban perdiendo en las costas lejanas, asustando a las personas que en las Poellas y el Castro se dedicaban al cultivo de las tierras, suponiendo que fueran alaridos de un monstruo escapado de las montañas. Entre tanto El Aresano, lentamente, blandamente se deslizaba por las tranquilas aguas hasta colocarse en el canal cerca de la Punta, frente al caserío que lucía blanco, donde fondeó. Dejó escapar de su sirena un rugido más largo, quejumbroso y extridente que los anteriores, penetrando en las capas atmosféricas con vibraciones de trueno para repercutir su eco en las estribaciones de los colosos Breamo y Montefaro. Desde el Casino Aresano situado frente al muelle, distinguieron la nave y sus asociados salieron presurosos hasta el pretil para saber lo que aquello representaba. Nadie lo sabía, nadie adivinaba lo que era aquel fantasma blanco, hermoso reluciente.

De todas partes afluían las gentes que empezaban ansiosas a llenar los muelles preguntándose ingénuas que pasaba. De los grupos del Casino, surgieron algunos gemelos enfocando el palacio flotante que en aquellos momentos bañado de luz por los rayos solares, despedían múltiples reverberaciones al chocar con los pulidos metales de su cubierta de nívea blancura. ¡El Aresano, El Aresano! gritaron, es el vapor Aresano de la matrícula de New York, por que así tiene el nombre en los costados.

¡Misterio! ¡Expectación! Por las calles la multitud corría hacia la playa, en su afán de presenciar el primer desembarco. Los Carabineros de servicio se aprestaron para cumplir con su deber, requiriendo sus armas y estremando la vigilancia para evitar un posible contrabando. El Cabo de mar que tenía la costumbre de estar pescando en lugar cercano, con su mugriento traje de paño azul, abandonó la pesquería y presuroso volvió al muelle. Allí encontró al Alcalde que salía del Club y abordándole le dijo: Don José, o deber chámame, vou alá, abordo a enterarme para depois informar o ayudante da Marina. ¡Pero home, con esa roupa! ponte a dos domingos con os galós dorados para decir ven, contestó el Mayor. Debías esperar o Médico Municipal que e da Sanidá tamén, que debe acompañarte. Ten razón, esperarey —agregó— el Cabo de mar.

## IX

Momentos después embarcaron en la blanca buceta del hijo de Don Antonio, acompañados del Cabo de Carabineros. Cuando llegaron ya la escala estaba tendida por la banda de babor. Subieron ansiosos el Médico, y el Cabo de Mar que haciendo un saludo militar llevándose la mano hasta la bisera de la gorra, preguntó por el Capitán que los hizo pasar a un próximo salón. Como no hablaran más que español no fueron comprendidos, hasta que llegó Mr. Piñeiro que los saludó en correcto castellano y les sirvió de intérprete.

Soy el Cabo de Mar, delegado del oficial de Marina que vengo en comisión del servicio. El señor, es el Médico de Sanidad que desea ver la Patente. En el acto les fueron presentados los documentos, notando asombrados que venía el barco despachado en puerto nacional para puerto nacional en toda forma. Pueden saltar a tierra cuando quieran arguyó el Cabo de Mar, por que toda la documentación está correcta. El señor Alcalde me encargó saludarlos y expresarle sus más gratos deseos de darles la bienvenida. Muy bien gracias dijo Mr. Piñeiro. Les invitó pasar a una sala contigua al fumador, obsequiándoles con tabacos, después de sorberse unos excelentes coact-tail. Los dos funcionarios no volvían de su sorpresa ante el lujoso mueblaje del barco. En aquellos momentos el quinteto ejecutaba varias piezas de su repertorio, dejando oírse las más deliciosas notas musicales.

Después de conversar un gran rato, Mr. Piñeiro dejó entrever la posibilidad de saltar a tierra, cuidando de silenciar quienes eran y el motivo de tan singular visita. El Cabo de Mar y el Médico ansiosos de curiosidad, intentaron hacer girar la conversación sobre el motivo de aquel misterioso viaje, pero siempre era cuidadosamente declinado por Mr. Piñeiro con exquisita diplomacia. Algo desconcertado el Cabo de Mar, intentó ser concluyente y con determinación le dijo: Sin pecar de indiscreto ¿podría saber señor quienes son los pasajeros y el motivo de recalar a estas playas tan solitarias? ¡Oh... Oh...! contestó irónicamente el millonario: trátase de familias americanas que la casualidad trajo aquí atraídas por algo singular y remoto que solo a ellas interesa. Ni una palabra más agregó el magnate petrolero, y sin perder más tiempo tendióles la mano para despedirse diciéndoles hasta luego. Bajaron la escala y una de las lanchas del buque ya los esperaba. Notaron que en bruñida placa de bronce se leía "Lydia", y en ella vinieron a tierra. Los dos hombres que la manejaban hicieron funcionar los motores y la lancha se deslizó sobre la superficie poniendo al descubierto la mitad de la quilla hacia la proa por la asombrosa velocidad de su andar, levantando nubes de fina agua que cubría su popa. El Médico poco acostumbrado a esta velocidad se agarró al Cabo, diciéndole, chico esto es volar. Un gentío inmenso colmaba los muelles esperando el regreso de los funcionarios. Desembarcaron en la lengüeta grande,

penetrando en el Club para darle cuenta al Alcalde de la misión confiada. Momentos después el yacht era visitado por infinidad de canoas y botes cargados de curiosos que ansiosos leían en su costado "El Aresano", New York.

Una vez terminado de lonchar, bajaron a tierra los viajeros, terciada en bandolera los prismáticos y en la diestra la Kodak.

Lydia, la inquieta Lydia, estaba encantada del panorama que le ofrecía la playa en baja mar; dejando al descubierto el lecho blanco y arenoso de tersa superficie que se empeñó en hollar con su breve pie, saltando juvenil para alcanzar algunos cangrejos diminutos que se escondían en sus cuevas en la arena, mientras su padre destacándose del grupo, inquiría de uno de los curiosos que estaban en la carretera, donde estaría el Alcalde. Recibió éste el aviso, y abandonando la partida de tresillo que jugaba en el Club, salió a darle la bienvenida y ofrecerles la villa, tendiéndose la mano que se estrecharon fuertemente, presentándose al Mayor, como Mr. J. M. Piñeiro y presentando al resto de su comitiva como familiares suyos. Aceptó el ofrecimiento que le hacía del pueblo, disponiéndose a dar principio a su paseo aquella tarde, para al día siguiente emprender una excursión en auto por el interior que duraría dos o tres días. Siguieron por la carretera hacia el Porto, descendiendo hasta frente de la Iglesia a la que dieron vuelta para tomar el camino de la Granja hasta el Cementerio católico, para rendir un postrer tributo a sus padres donde



descansaban eternamente. Al regreso se pararon curiosos al borde de la verja que circunda los terrenos de "La Alianza", preguntando muy interesado lo que representaban aquellos edificios levantados en su interior. Les informaron que eran escuelas dedicadas a la enseñanza gratuita privada. ¡Oh, oh, very well, very well! Mr. Piñeiro recordó perfectamente que en sus tiempos no existían estos pródigos templos de enseñanza.

Tomaron la dirección de la calle Real, siempre seguidos de los callejeros chiquillos, y de la curiosidad de las mujeres que levantando medrosamente el visillo que cubre sus vidrieras husmeaban a los excursionistas como seres extraños.

Ambularon por varias calles sin rumbo cierto, para salir nuevamente al muelle siguiendo la carretera en dirección al que había sido antiguo Juncal, deteniéndose Mr. Piñeiro asombrado ante el cuadro de ruína que presentaba el destruído muelle y carretera que él había dejado en tan buen estado al emigrar. Desorientado, perplejo e incierto, buscaba y miraba en todas direcciones para encontrar algún motivo que le devolviera una visión exacta, cierta, del pasado. Trató de reconstruir en su mente el trazado de la primitiva carretera, auxiliado por un trozo que todavía existe a la izquierda, suponiendo con acierto el motivo del desastre, que la incuria de los gobernantes seguía certificando con su natural impudicia. Forzó su memoria privilegiada y logró fijar puntos, señalar sitios, trazar el plano con exactitud de aquel lugar tan

histórico para él, que los elementos desencadenados habían desfigurado y destruído.

Observó todavía muy corto tiempo, y de momento sus ojos adquirieron un brillo no acostumbrado, y una inmovilidad nerviosa le dejó después abstraído, sin acordarse de los acompañantes que le miraban sorprendidos, hasta que exclamó en voz alta en español, aquí... aquí... y señaló un punto determinado en el suelo, fué aquí... el caso y como nadie le comprendía lo que decía más que su hija Lydia, le preguntó asustada ¿de qué caso hablas papá? Les contaré hija, les contaré el episodio de mi vida que más me ha conmovido, por lo que tiene de original y pintoresco y que jamás he recordado hasta este mismo instante que mis ojos se fijaron en este lugar. Formaron un compacto grupo los acompañantes, y en inglés les refirió el siguiente caso:

Era yo casi un niño, volvía al pueblo para gozar de unas vacaciones después de mis primeros exámenes en un colegio del Ferrol que mañana visitaremos, y como fuera domingo mis padres me sacaron a pasear por esta carretera que entonces no estaba destruída, distinguiendo desde allá lejos, una turba de chiquillos, en estos terrenos que antaño eran un campo, sin saber lo que pasaba. Llegamos sin apuros aquí, encontrando que una numerosa familia de gitanos acampaban con sus carros y sus fieras domésticas, con las que jugaban sus niños sucios y hambrientos. De momento nos sorprendió una mujer joven de la tribu, de tez morena y ojos grandes, que tomando mi mano derecha dijo a

mis padres: yo echar la buena ventura al niño. Mi madre con el natural impulso de su carácter tímido se negó, pero yo desconociendo el peligro de una predicción espeluznante le dije ¿por qué no madre? Los chiquillos nos rodearon y se hizo el silencio. Sin abandonar mi mano, la gitana hizo que le enseñara la palma. Fué un instante terrible. Los grandes ojos de la adivinadora despedían fuego, y de sus labios, se escapaba una leve sonrisa, con intermitencias de alegría. ¡Oh, oh! exclamó de momento. Mi madre tembió de miedo. Miró mis ojos intensamente de cerca, muy cerca, como queriéndome magnetizar. Yo recuerdo que estaba sereno, tranquilo, menos nervioso que en estos momentos. Lanzó un grito seguido de una carcajada sonora, y poniéndome la mano derecha sobre el hombro susurró: tu tendrás dinero, mucho dinero, serás millonario. Volvió a mirar la palma de mi mano, y agregó alegre: también máquinas, vapores, pero muy lejos de aquí.

Mi madre recobró su serenidad, y con una sonrisa nerviosa de duda, dijo, vámonos, vámonos. Desde aquel momento los chiquillos me llamaron el millonario, y ese pueblo, ese mismo pueblo, que nos mira ahora con aire de curiosidad, se burló destempladamente de tales predicciones. ¿What do you say? contestaron todos sorprendidos por el relato que acababa de hacerles Mr. Piñeiro. Y, vueltos de la sorpresa con esa candidez, con la ingenuidad peculiar en los americanos susurró Lydia: yo saco una fotografía de ese pedazo de suelo tan histórico; yo, agregó

la madre, como "remembrance", me llevo un poco de tierra y empezó a recojer la arena; pues yo, contestó un tercero, tomaré la poca hierba que brota, para decir en todas partes: es hierba del millonario aresano. Rió de la ocurrencia Mr. Piñeiro y les dijo: I, thank you.

## X

Continuaron el paseo por la carretera de arriba hasta llegar al pintoresco caserío de "Seselle", tendiéndose para descansar en un hermoso prado que los invitaba con su verde césped, a la sombra de añejos álamos al margen mismo de la calzada. Desde allí, por entre los árboles miraban cercano al "Aresano", mecerse gallardo, orgulloso de su nombre en las tranquilas aguas de la concha. Parecía una inmensa gaviota posada en la serena superficie del mar, que ni una sutil brisa lograba rizar, y sin embargo era un galgo marino que en seis días con su andar de 22 nudos por hora, podía atravesar el atlántico y llegar a la Habana.

La placidez de aquellas interminables tardes de verano, respirando un ambiente saturado de aromas campestres entre el follage de los árboles, la dulce cadencia de los pinos, y el rumor misterioso y fluído de las aguas que el manso arroyuelo conduce por su serpenteada ruta, invitaba a la contemplación serena y silenciosa del crepúsculo, alumbrado por el astro Rey, que empezaba a declinar detrás del ingente Montefaro, difundiendo sobre los campos ubérrimos, sus úl-

timos rayos de rojo y oro. Con íntimo recogimiento que harmonizaba con la suavidad y encanto de aquel atardecer de púrpura; espiritualizándose más en la contemplación de los ocultos misterios que la Naturaleza nos va tímidamente enseñando, fueron abandonando lentamente aquellos lugares pródigos en frutos, hasta llegar a lo más alto, frente al antiguo torreón del molino de viento, admirando las infinitas armonías de lo bello y lo eterno, que ofrecían a sus ojos, los ignorados rincones de la campiña aresana, para volver con el perfume robado al campo, tras la frágil silueta de lo existente, a la soledad gris y monótona de la vida en el palacio flotante que dormido en su lecho fluído los esperaba.

Cuando llegaron ya las primeras sombras de la noche envolvían la villa con su sudario de oscuros tonos, triste y en silencio. La lancha Lydia esperaba a los visitantes en el muelle para devolverlos abordo. Un poco más, y el poderoso reflector del "Aresano" les cubría con un haz de vivísima luz, alumbrando la superficie del mar hasta el mismo costado del buque. Desde entonces la gallarda nave lució una iluminación de focos eléctricos en colores, que parecía un palacio encantado en los canales de Venecia. El reflector siguió alumbrando todo el litoral hasta las diez de la noche, que desfiló la muchedumbre, animosa de admirar aquel espectáculo sin igual en la historia de la villa.

Al siguiente día, cuando los primeros rayos del sol naciente bañaban al pueblo, desembarcaron los potentes Cadillac, para emprender la

excursión por el interior como tenían dispuesto. Las gentes seguidas por ese instinto de humana curiosidad a que son dadas, ya habían descubierto el incógnito en que se amparaba Mr. Piñeiro y empezaban a mirarle con aire más familiar para distinguir en sus facciones algún signo del parecido con sus padres, mientras los chiquillos imprudentemente le gritaban es ¡El millonario! Juan Manuel, el millonario! ¿What do they speak? preguntaron los viajeros. Que ya descubrieron mi incógnito y me gritan: ¡The millonery, the millonery! susurró Mr. Piñeiro. Sonrieron todos, y las máquinas partieron raudas.

Hora y media después hacían su entrada en el departamento marítimo del Ferrol. Se hospedaron en el hotel "Ideal Room", situado en la calle Real, frente a la antigua plaza de armas. Les acompañó un intérprete en su visita al Arsenal, Diques y Astilleros. El gran edificio conocido por Sala de Armas, que ocupa una vasta extensión con sus altas cúpulas, les predispuso el ánimo al ver tanto recuerdo de gloriosas campañas navales. Mr. Piñeiro escrudiñó con su mirada, el terreno dedicado a los astilleros y notó que solo había sitio preparado para cuatro quillas, pareciéndole muy poca capacidad para un departamento marítimo tan importante, cuando en los de su propiedad podían en un solo día colocarse diez y siete cómodamente.

Ambularon por la ciudad y vinieron ante el edificio del colegio privado donde había obtenido tantos triunfos escolares Mr. Piñeiro hasta

alcanzar sus títulos de Perito Mercantil y Agrimensor. Por el fallecimiento del director propietario había dejado de existir el colegio, pero el edificio conservaba la severa esbeltez de sus líneas, intentando Mr. Piñeiro penetrar en su interior para enseñar a sus acompañantes el sitio predilecto para sus estudios, sin lograrlo por estar cerrado. Sacó con su Kodak vistas para guardarlas como un recuerdo de sus días de estudios juveniles. Abandonaron el Ferrol para completar el itinerario de la excursión, visitando otras ciudades y sitios históricos, para detenerse en Puentedeume, con sus calles sucias, estrechas y sombrías de aspecto medioeval. En la plaza del "Conde" deslucida, triste y solitaria como un solar yermo, abandonaron las máquinas para acercarse al pie de los macizos muros de una milenaria torre almenada de forma cuadrada y muy alta, de aspecto feudal, cubierta ya de arbustos, zarzas y hiedras trepadoras, que serpermean sus paredes negras y carcomidas para introducirse por el único hueco de ventana que existe en cada uno de sus cuatro frentes rectos y lisos, resquebrajados y ruinosos. Desde lo alto de sus aspilleros muros de un espesor formidable, se dominaba en tiempos pretéritos la entrada a la villa por el famoso puente tendido en el siglo XIV, sobre el río "Eume", en colaboración con la otra torre de guerra, que se alza sobre un peñasco en plena montaña a dos kilómetros de la villa conocida por "Castelo de Andrade" también en ruínas que evocan pasadas contiendas entre nobles para conservar sus

fueros y riquezas. Un caserón de enormes proporciones, algo modernizado ya que existe en la parte alta de la plaza, fué el Palacio de los Condes de Andrade, cuyo escudo de armas está esculpido en el frente de la Catedral. Enrique II, en 1371 hizo merced de la villa a Fernán Pérez Andrade, de la ilustre y poderosa familia de Galicia, que hoy representa la casa de Berwick y Alba.

Después descendieron hasta los muelles que existen en la margen izquierda del río, por entre tongas de pinos y tablas dispuestas para la exportación, para admirar el nuevo puente de granito, obra costosa de la ingeniería moderna.

De pronto divisó Mr. Piñeiro a su izquierda un vetusto edificio con férreas y poderosas rejas, acudiendo a su mente el recuerdo de que aquélla sería la cárcel, húmeda, sin ventilación y mal oliente de la cabecera del partido judicial, y dirigiéndose en tono iónico y burlón a sus acompañantes les susurró: he ahí a "The Tombs, and Sighs Sighs prison of Puentedeume", donde más que criminales y mal hechos encierran frecuentemente a víctimas inocentes, producto de venganzas caciquiles, o de delitos imaginarios que los políticos forjan para perseguir a sus enemigos, como el caso reciente, reprochable y maldito, del célebre proceso de las mujeres y niños de Ares. por la simpleza de haber protestado con energía de la imposición que se les hizo de un párroco, muy poco grato a la mayoría del pueblo, con quien no podían convivir. En su afán de conservar un recuerdo de



esta mansión de la desgracia, la fotografiaron con su Kodak, para estigma y vergüenza de jueces que tan impúdicamente se adaptan a las injusticias caciquiles. Ocuparon sus máquinas y huyeron de un pueblo que la opinión califica de cueva, de sórdidos curiales, sin entraña ni conciencia; para prolongar algo más su excursión, en su deseo de evocar nuevos recuerdos, bordeando la falda del ingente Montefaro, para llegar hasta las baterías construídas después de emigrar, y sublimarse encantados en las bellezas que la Naturaleza manifiesta en toda su maravillosa grandeza, desde lo más alto, hasta donde no llegan las salpicaduras miserables de los hombres en su ambición de poseerlo y monopolizarlo todo. Siguiéron veloces las máquinas devorando kilómetros por la carretera de Franza, hasta penetrar en la villa Mugardeva, pueblo de heroicos marinos y sufridos pescadores que se especializan en la del pulpo que curan en varios secaderos, que al igual de hocas caudinas se levantan con inhiestos y pulidos pinos en sus cercanías; para iniciar la espiral subida por la carretera militar que va circundando como cinta de plata el ventrudo saliente del coloso, hasta las costas de Chanteiro. Según iban ascendiendo, sentían la sensación, de algo muy notable a la vista, oculto a las miradas egoístas y prosaicas del vulgo que arrastra su pesada anatomía por la superficie de las calles asfaltadas y planas, en contacto con la material opulencia de las cosas mundanas. Llegaron en silencio, solo turbado por el ruido trepidante del escape de

los motores de los autos, en su esfuerzo de vencer la pendiente, hasta la planicie extensa donde se asienta el "Convento" construido en el año 1321 todo de granito, que hoy sirve de Cuartel a la guarnición. Detuviéronse un momento para mirar todavía en lo alto la cresta del macizo rocoso, ensombrecida por las frondas de pinos y castaños a su derecha, mientras a la izquierda un emocionante declive irrumpe hasta el llano, salpicado de blancas casitas cubiertas con tejados de rojo color, entre el manto glauco de ubérrima vejetación, que hace destacar los campanarios de las iglesias próximas con sus dormidas campanas de lengua metálica que apenas son tañidas en los días laborables, para lanzar sonidos de triste misticismo en las horas del alba y del ángelus.

Continuaron por la blanca carretera describiendo un círculo, hasta llegar a las acantiladas riberas del extremo opuesto de la montaña que caen en el mismo canal de entrada para la bahía del Ferrol, frente al oceano abierto y misterioso.

Visitaron las fortalezas que defienden las ciudades de la Coruña y Ferrol, concibiendo después la atrevida idea de afrontar el peligro, para escalar la cúspide misma del coloso. No se detuvieron siquiera en considerar el esfuerzo que ello requería físicamente, y abandonando al margen de la vía los autos, emprendieron animosos y resueltos la ascensión penosa, por entre riseos y raíces que salían por las resquebraduras de las rocas, para llegar rendidos a la cumbre.

Un himno de alegría, un poema jubiloso de triunfo, un suspiro hondo y vibrante se escapó de sus labios al vencer la cima. Después callaron admirados: momentos de intensa emoción que recoge el espíritu, sutilizándolo en el silencio augusto de la Naturaleza. Así contemplaron antes que nada, esos dos misterios insondables y eternos, evocadores de grandezas que se llaman el cielo y el mar.

Descubrieron desde allí, sobrecogido el ánimo, un mundo inédito de risueños encantos, de sugestionadora belleza en la lejanía verde, con sus praderas y bosques, el dilatado mar del Cantábrico, de inquietas y transparentes aguas que bañan las ensenadas y rías, de las manchas de formas caprichosas polierómadas, de la tierra en labor allá abajo en el llano, y de las armonías infinitas del firmamento pleno de purísima luz, sin nubes ni celajes, que enturbiaran la majestad de aquellas tardes de verano. ¡Qué panorama más sublime y encantador se presentaba a sus miradas! No quisieron descender, sin recoger en toda su pureza, las bellezas inenarrables y dulces, de aquellos paisajes, impresionando con sus Kodaks las vistas más encantadoras, hasta alcanzar al "Arcsano" meciéndose en las rientes aguas de la concha. Bajaron hasta la carretera para ocupar los autos, y regresar a Ares, con la visión cierta de haber contemplado arrobados desde lo alto, los naturales encantos con que la sublime Naturaleza vistió las costas gallegas.

Al llegar, descubierto ya el secreto de la per-

sonalidad de Mr. Piñeiro, recibió las más cálidas pruebas de afecto y distinción, por valiosos elementos de su pueblo, invitándole los demócratas del Casino Aresano, a visitar su Casa social, humilde, pero prestigiosa sociedad de recreo, que mantiene con orgullo el triunfo de sus fiestas sociales como un galardón inmarcesible.

Aceptó la invitación estusiasmado el millonario y prometió que aquella misma noche tendría el placer de ser huésped con sus acompañantes, del Casino.

Y, así fué. Improvisose una fiesta en su honor que le satisfizo cordialmente, ordenando que viniera del buque el quinteto para amenizarla. Su hija Lydia cantó, con el prodigio de su garganta, las más difíciles partituras de los maestros italianos. En el Aria de Caballería Rusticana alcanzó una ovación, tras una salva de aplausos, al momento que uno de los más distinguidos jóvenes con toda la oportunidad, la obsequiaba con un hermoso ramo de flores confeccionado a toda prisa. Las manos de los americanos se unieron al aplauso, cuando advirtieron el rasgo de galantería y delicadeza de los aresanos.

Lydia radiante de belleza, con la viveza de su carácter juvenil, le dijo en español: Conozco la hidalguía de la raza hispana, pero declaro que me sorprende agradablemente, tanta gentileza en este rincón tan bello como ignorado. Gracias mil. Lydia, la millonaria, la hija del famoso magnate petrolero, la mimada de la sociedad neoyorkina, acababa de dar la nota más simpá

tica, con su talento, en aquel concierto de **almas sencillas**, que se habían propuesto rendirle un tributo de admiración a su padre, por haber nacido en aquel obscuro pueblo.

Los demás **americanos** ya se habían resignado a pasar horas de tedio, de mortificante fastidio entre aquellas gentes, sin sospechar los momentos de alegría que les esperaba, por que donde creyeron encontrar personas que no les comprendieran en sus conversaciones en inglés, les sorprendió asombradas que varios jóvenes contestaban y sostenían animosos, las más graciosas ocurrencias a que el caso se prestaba. Esta favorable circunstancia contribuyó a hacer más agradable la fiesta y más amena la conversación, entre la curiosidad del pueblo que invadiendo la carretera se apiñaba sobre los grandes ventanales del Casino abiertos a la brisa de la noche, para no perder un detalle del acto que sería único en la historia del Casino, tan honrado por la presencia de hombre de tanto valer social como económico. Indudablemente que los alegres **aresanos** recientemente llegados de Norte América, habían sido los que dieron mayor realce a la fiesta. ¡Qué ajenos estaban de representar un papel tan importante el día de su llegada!

Llegó por fin el momento del desfile a las dos de la madrugada. Apretones de manos, sinceros ofrecimientos, recuerdos perdurables de noche tan grata.

Los muchachos que hablaban el inglés quisieron acompañar la comitiva hasta la misma lancha, que la devolvía abordo, dando la última no-

ta de cortesía y buena educación. ¡Hurrach for the aresano's boys! exclamaron los americanos. Thanks very moch, contestaron los chicos. Y la motora partió veloz hacia el yatch. Al día siguiente por la mañana fué mandado al Presidente del Casino una carta de Mr. Piñeiro dándole las gracias por el honor que le dispensaran, y por las atenciones y deferencias, de que habían sido objeto sus familiares y amigos.

Momentos después abandonaba majestuoso la rada aresana el palacio blanco con dirección a San Sebastián, lanzando su sirena un proster rugido, más doliente y triste que los anteriores. Desde los murallones del antiguo castillo de la punta coronado de curiosos, se agitaron pañuelos, que fueron contestados desde el buque ya en marcha.

## XI

¿Qué impresión había dejado en el ánimo de los asociados que frecuentaban el Casino, aquella fiesta de recuerdo perdurable?

La carta que acababa de recibir el Presidente social, y que fué leída públicamente antes de sentarse a jugar la partida de tresillo acostumbrada en las primeras horas de la tarde, entre la espectación casi religiosa de todos, era prueba concluyente de como había penetrado en el alma del aresano festejado, las atenciones, las deferencias, los afectos y el cariño de su pueblo, en las horas de mutuo consorcio, consagradas a demostrarle la viva simpatía que despertó su

ilustre persona en los corazones de sus convecinos al volver a su seno por breves días después de 32 años de ausencia.

Les parecía todavía respirar aquel ambiente fresco, delicado, saturado de fuerte olor a rosa, casi balsámico, que flotaba entre la dulce armonía arrancada a las teclas del piano por los delicados dedos de la frágil figura de Lydia, y percibir nítidos, puros, como canto de rruiseñor los arpegios salidos de su garganta con su argentina voz de soprano, que el arte y la maestría de los grandes certificaban, deleitándoles en éxtasis de dulce arrobamiento artístico en la noche anterior, grata e imperecedera.

Estas impresiones del espíritu, estos recuerdos tan gratos, tan hondamente sentidos en torno de la familia del anfitrión, emigrado como ellos en edad temprana, pero que la suerte, el talento y la audacia colocara en la senda de los millonarios, no podía olvidarse tan fácilmente por que había inflamado sus corazones de gozo. Mr. Piñeiro, sustrábase regocijante unos instantes con su talento, de las ovaciones que llegaban cálidas a sus oídos, cada vez que Lydia finaba con su exquisita dulzura, una de las romanzas que cantaba. Aprovechó cortesmente esos momentos para hacerse presentar al Presidente de la Comisión de la Alianza, con quien sostuvo interesante conversación. Desde el mismo instante, que al regreso del Cementerio se había detenido ante los muros en que descansa la verja que circunda los modestos edificios dedicados a la enseñanza, su espíritu se sentía fuertemente

impresionado, y un vivísimo deseo le hurgaba para conocer los beneficios que reportaban al pueblo esas escuelas gratuitas que en su juventud no existían pródigas. Mostrose contento de que en tales momentos, le brindaran esa ocasión, y estimuló al Presidente de la Delegación, para que le impusiera brevemente de los recursos que sostenían esas beneméritas escuelas. La fiesta entonces se hallaba en lo más álgido de su brillante lucidez y parecía el momento escogido por la sociedad para celebrar la apoteosis del ilustre hombre que le honraba con su presencia. Y en esos instantes robados a la brillantez del acto, fué cuando Mr. Piñeiro ofreció ceder gratuitamente la herencia que le pertenía por sus padres, como un auxilio al sostenimiento de los planteles de enseñanza que la posteridad se encargaría de recordar como fecha de su última visita a la villa.

Pidió la mayor discreción hasta que no justificase su ofrecimiento con la obra, mandando todos los documentos legales para inscribir a nombre de la Institución las fincas urbanas y rústicas que le pertenecían.

Un mes más tarde, desde San Sebastián mandaba al Presidente de la Delegación toda la documentación admirablemente preparada, para que los inmuebles fueran registrados a nombre de la sociedad en los libros correspondientes oficiales.

Así cumplió con su pueblo, donando para instruirlo en las letras, la fortuna íntegra heredada de sus padres, aquel hombre que nada le de-



bía, más que el hecho de haber visto la luz del día cuando naciera. Sin obligación alguna contraída, quiso el magnate petrolero dar un ejemplo ante la faz de las multitudes conscientes, para que otros magnates más en relación con la villa, le imitasen en desinterés y filantropía, haciendo un gesto de noble espontaneidad en el tránsito de su vulgar existencia, que les haga recobrar la serena paz a su espíritu siempre agitado por la codicia de un interés sin límites. Sin embargo, la paz estática, de espiritual modorra, que la burguesía aresana busca anhelosa y cauta entre su pueblo, no es por cierto, esa paz que ennoblece la vida animal de las personas con actos piadosos de filantropía, ni con rasgos áureos de altruismo que sostengan o ayuden a sostener las Instituciones privadas dedicadas a iluminar la inquieta y oscura mente de las multitudes, con una instrucción adecuada y luminosa, que aleje el peligro tormentoso del analfabetismo. Así ha sucedido hasta la fecha, echándose muy de menos tan provechosos como necesarios desprendimientos.

Parece no obstante aventurado, hacer un definitivo juicio del noble sentimiento que los anima, por que sí es verdad, que se manifestó oculto y opuesto a todo impulso generoso, pudiera acaso muy pronto trocarse en virtuosa buena disposición que rompiera con la horrenda y mezquina manera de pensar actual, despojándose de lo trivial y lo insustancial, para tener un sentido más racional y humano propicio al bien. Nada más noble en verdad, nada que eleve, dignifique

y realce la personalidad del hombre, que proteja la enseñanza primaria de los pueblos. Nada tampoco que se destaque con juicio más severo en la historia, que el ejemplo desinteresado y firme dado por los próceres de una familia, en beneficio de la instrucción popular, cultivando su inteligencia para la ruda lucha del mañana. Y, en los pueblos que son veneros propicios a la emigración como el aresano, no deben vacilar los elementos pudientes, las clases ricas, en prestar su voluntario y desinteresado apoyo a estas nobles Instituciones, sin apelar a premiosas necesidades de última hora, que los haría aparecer vulgares, interesados y pedrestes. La espontaneidad debe presidir todo acto noble no solo en las clases adineradas, sino en todas las clases sociales predisponiéndolas al bien. Y cuando esta predisposición alcance a todo un pueblo idealizando su sentir, habrá llegado la hora de suponer que está rota la helada indiferencia con que los hombres pudientes, veían deslizarse su tediosa vida, indolente y fría, para dar ejemplo de filantropía aportando su concurso a la obra única que perdura en la Villa, con toda la fuerza misteriosa que el destino le tiene reservado a la "Alianza Aresana de Instrucción".

FIN

**CASAS Y PRODUCTOS QUE EL PUBLICO DEMANDA POR SU  
SERIEDAD Y EXCELENTE CALIDAD**

---

**GRAN "CAFE HABANA"**

Amistad y Barcelona.

De Angel López Seijas.

Solo bebidas de patente, refrescos batidos, lunch  
y cenas. Café fresco a todas horas.

---

**"EL VAPOR"**

Aguila núm. 187.

De Antonio Bugallo.

Casa importadora de Víveres y Licores.

Especialidad en toda clase de Semillas.

Envíos a toda la República.

Catálogo de precios mensual, reparto a domici-  
lio en propios Camiones, en la Habana y sus  
barrios.

---

**CASA JOE**

De Abeal, López y Ca.

Gran Barra con bebidas de patente, lunch, cenas  
y víveres finos. Estilo americano.

Animas y Zulueta.

Se habla inglés.

---

**CAFE "PIERROT"**

Inquisidor 25.

Montado a todo lujo.

Licores, refrescos, lunch, café fresco.

Gran Café y Restaurant

“EL DIA”

Abierto toda la noche.

Bebidas de patente, dulcería y batidoras eléctricas para refrescos higiénicos.

Galiano y Trocadero.

Propietarios: Fernández y Ron.

---

Establecimiento de Víveres y Licores.

De Francisco Martínez Pérez.

Cuba y Acosta.

Precios sin competencia.

Mercancías de calidad superior.

---

Gran Tienda de Víveres y Licores finos.

San Nicolás y Gloria.

Especialidad en Café Molido, Moca.

De Martínez y Hnos.

---

Gran Bodega Cantinera, con precios de

Almacén, Licores y Víveres.

Crespo y San Lázaro.

Montero y Montero, Propietarios.

---

JUAN A. CASTRO DOVAL

Presidente de la International Sales Corporation.

Representes de Fábricas Extranjeras.

Salas de muestrarios y oficinas.

Calle de Cuba, altos.

---

M. BENDAMIO Y Ca.

Amargura 31, esquina a Habana.

Joyería, Relojes y Novedades.

Ventas al por mayor y detall.

Tienda de Víveres y Licores.

De Agustín Rey Montero.

Edificio propio.

Esperanza y Recreo.

---

Almacén de Víveres y Licores.

Precios de Lonja, especialidad en Café Molido.

Calle 5.<sup>a</sup> y B, Vedado.

Propietario: Salvador Paz Bello.

---

Establecimiento de Víveres y Licores finos.

Goseosas y Refrescos.

Calle 21 y 8, Vedado.

Paz Bello y Hno.

---

Grandes establecimientos cantinas con lunch y  
dulcería, en los famosos Balnearios de la

Playa de Marianao.

Paz y Compañía.

---

Las más grandes Fábricas de Cerveza en Cuba

“Tropical” y “Tívoli”.

Producción y consumo anual de 20 millones  
de botellas.

Pida media “Tropical”. Tome una Maltina  
“Tívoli”.

---

Fortifique su sistema, quítese el cansacio,  
tomando la bebida nacional en todo el año.

IRON BEER. Insuperable.

## COCA-COLA

Refresco ideal para el verano.

Tomada helada, es deliciosa, estimulante y  
diurética. Entone su estómago.

Pídala en todas partes.

---

Tomando Agua Mineral "La Cotorra"  
y Cerveza negra o clara "Cabeza de Perro"  
estará siempre contento y feliz, tendrá salud.

Claudio Conde, propietario y distribuidor.

---

Real Fábrica de Tabacos y Cigarrillos  
"Partagás y Caruncho"

Productos elaborados con hoja selecta.

Aromáticos tabacos, deliciosos cigarros.

Partagás y nada más.

Cifuentes, Pego y Ca.

---

Gran Fábrica de Tabacos y Cigarros.

De Trinidad y Hnos.

Productos de exquisita pureza.

Pruebe y compare.

Depósito: Belascoaín 122.

Representante: Salvador Guardado, Habana.

---

MAYO HERMANO Y VILLA

Agentes distribuidores de los afamados produc-  
tos de la Gran Manufactura de Tabacos y

Cigarros de José Gener.

Depósito: Monte núm. 7.

RAMON RODRIGUEZ

Representante vendedor en toda la República  
de los superiores productos de la Real  
Manufactura de "Partagás", Tabacos y  
Cigarrillos.

---

Gran Fábrica de Cerveza "La Polar".

Puentes Grandes.

Especialidad en Cerveza Negra.

Pida siempre cuarto Polar.

---

Tienda de Víveres, Licores y Refrescos.

De Angel Montero.

---

GRAN CENTRO DE SPORT.

Salón de Billares públicos.

Belascoaín nóm. 645.

Propietario: Angel López Lourido.

---

LA MODA DE PARIS

Zapatería Modelo para Señoras.

Trabajos finos en hormas especiales.

O'Reilly nóm. 76.

Enrique Patiño, Director.

---

Tienda mixta con bebidas y refrescos.

Miguel G. Curbeira.

Terraza con vista a la Calzada.

Puente de Almendares.

Gran Café "EL CENTRAL"

Marianao.

Bebidas de patente, refrescos y café fresco a todas horas. Lunch y Dulcería.

García Curbeira y Hno.

---

Gran Pauadería moderna, con dulcería y cafetería. Reparto diario por los Camiones propios de la Casa.

Pepe Antonio 24, Guanabacoa.

Propietario: José Rosendo.

---

Gran Tostadero de Café movido eléctricamente. Antiguo de Regil.

Unica casa con gerente comprador en los Centros productivos. Venta diaria 10 mil libras.

Guanabacoa.

Propietario: Carral y Ca.

---

Gran Tostadero de Café mecánico

"EL AGUILA"

De Varela y Ca.

Aguila núm. 162.

Reparto diario con propios camiones a todas partes. Importación directa.

---

Gran Tostadero de Café a Vapor.

Cafés de todas clases, grandes existencias.

Calle Valle núm. 21.

Garrido y Ca., S. en C.